



LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

865A01

0s187-

NOTICE: Return or renew all Library Materials! The *Minimum Fee* for each Lost Book is \$50.00.

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

**Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.
To renew call Telephone Center, 333-8400**

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

FEB 24 1989

DEC 06 1988

Fibronia Bosch

1-6 265894



EL SOMBRERO DE TRES PICOS.

DURAN LIBRERO
MADRID

Es propiedad del autor.

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO
Calle del Rubio, núm. 25.

EL SOMBRERO DE TRES PICOS

HISTORIA VERDADERA
DE UN SUCEDIDO QUE ANDA EN ROMANCES
ESCRITA AHORA TAL Y COMO PASÓ

POR

D. PEDRO A. DE ALARCON

Bachiller en Filosofia y Teologia, etc., etc.



MADRID

CASA EDITORIAL DE MEDINA Y NAVARRO

Calle del Rubio, núm. 25

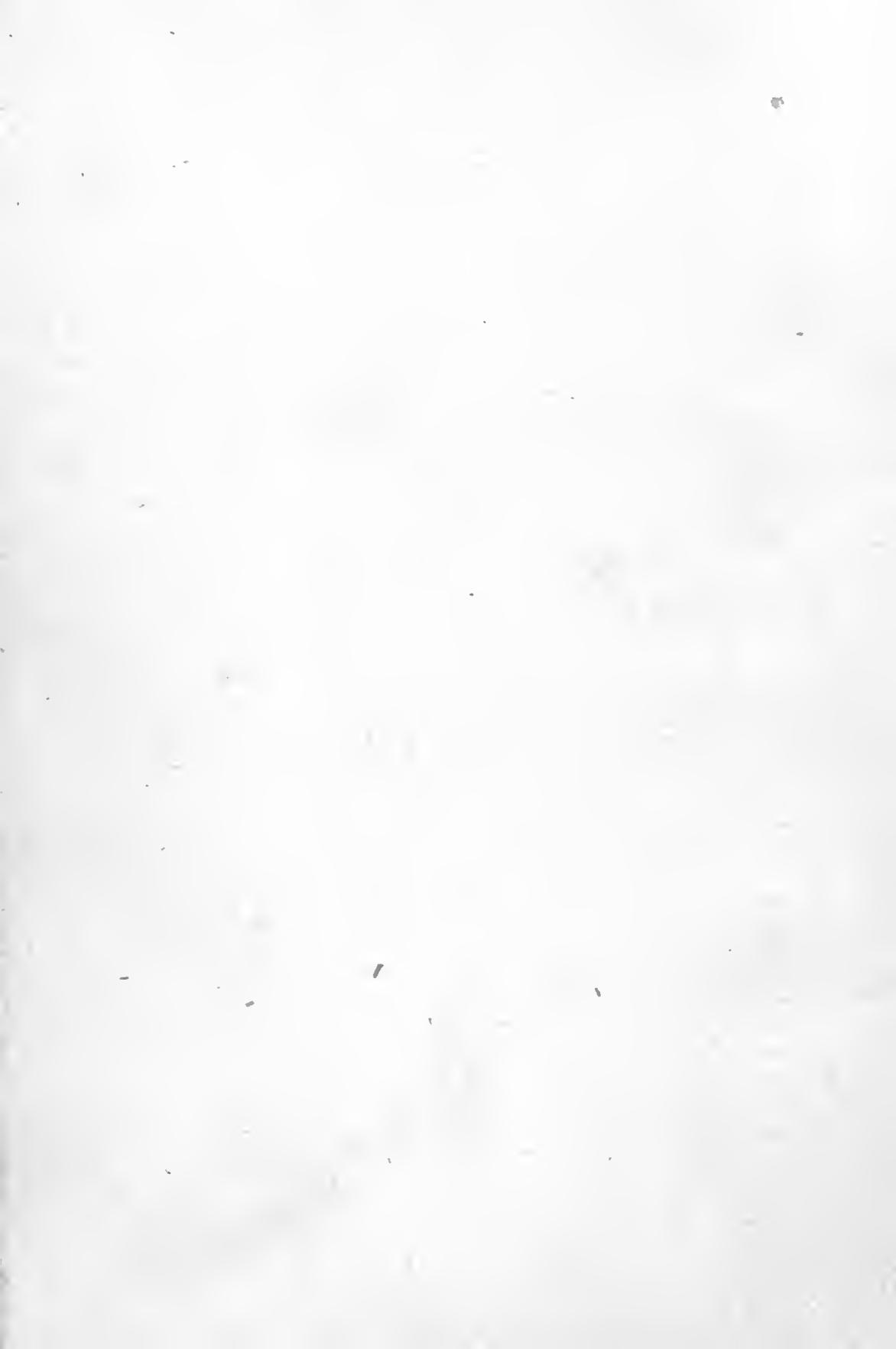
1874

865421
Os 137-

*Al Sr. D. José Salvador de
Salvador, poeta granadino, dedica esta
obra*

EL AUTOR.

Ben. Ros. S. García



PREFACIO.

Pocos españoles, áun contando á los ménos sabidos y leídos, desconocerán la historieta vulgar que sirve de fundamento á la presente obrilla.

Un zafio pastor de cabras, que nunca habia salido de la escondida cortijada en que naciera, fué el primero á quien nosotros se la oimos referir. Era el tal uno de aquellos rústicos, sin ningunas letras, pero naturalmente ladinos y bufones, que tanto papel hacen en nuestra literatura nacional con el dictado de *picaros*. Siempre que en la cortijada habia fiesta con motivo de una boda, de un bautizo ó de una visita de los amos, tocábale á él poner los juegos de chasco y pantomima, hacer las payasadas y

recitar los romances y relaciones..., y precisamente en una ocasion de estas (hace ya casi toda una vida... es decir, hace ya más de treinta y cinco años) fué cuando deslumbró y embelesó una noche nuestra inocencia (relativa) con el cuento en verso de *El Corregidor y la Molinera*, ó sea de *El Molinero y la Corregidora*, que hoy ofrecemos nosotros al público bajo el nombre más trascendental y filosófico (pues así lo requiere la gravedad de estos tiempos) de *El Sombrero de tres picos*.

Recordamos, por cierto, que la noche en que el pastor nos dió tan buen rato, las muchachas casaderas allí reunidas se pusieron muy coloradas, de donde sus madres dedujeron que la historia era algo verde, por lo cual pusieron ellas al pastor de oro y azul; pero el pobre *Repela* (así se llamaba el pastor) no se mordió la lengua, y contestó en el acto que no habia por qué escandalizarse de aquel modo, pues nada se decia en su relacion que no supiesen hasta las monjas y hasta las niñas de cuatro años...

—Y si no, vamos á ver, —preguntó el cabrero;—¿qué se saca en claro de la historia de *El Corregidor y la Molinera*? Que los casados duermen juntos, y que á ningun

marido le acomoda que otro hombre duerma con su mujer. ¡Me parece que la noticia!...

—¡Pues es verdad!—respondieron las madres, oyendo las carcajadas de sus hijas.

—La prueba de que el tío *Repela* tiene razon—observó en esto el padre del novio,—es que todos los chicos y grandes aquí presentes se han enterado ya de que esta noche, así que se acabe el baile, Juanete y Manolilla estrenarán esa hermosa cama de matrimonio que la tía Gabriela acaba de enseñarles á nuestras hijas para que admiren los bordados de los almohadones...

—Hay más,—dijo el abuelo de la novia.—Hasta en el libro de la doctrina cristiana y en los sermones se habla á los niños de todas estas cosas tan naturales, al ponerlos al corriente de la larga esterilidad de nuestra señora Santa Ana, de la virtud del casto José, de la estratagema de Judit y de otros muchos milagros que no recuerdo ahora... Por consiguiente, señores...

—¡Nada, nada, tío *Repela*!—exclamaron valerosamente las muchachas.—¡Diga usted otra vez su relacion, que es muy divertida!

—¡Y hasta muy decente!—continuó el abuelo;—pues en ella no se le aconseja á

nadie que sea malo, ni se le enseña á serlo, ni queda sin castigo el que lo es...

—¡Vaya! ¡repítala V.!—dijeron al fin las madres de familia.

El tio Repela volvió entónces á recitar el romance, y considerándolo ya todos á la luz de aquella crítica tan ingénua, hallaron que no habia pero que ponerle; lo cual equivale á decir que le concedieron las licencias necesarias.

* * *

Andando los años, hemos oido muchas y muy diversas versiones de aquella misma aventura de *El Molinero y la Corregidora*, siempre de labios de *graciosos* de aldea y de cortijo, por el orden del ya difunto Repela; habiéndola leído además en letras de molde en diferentes romances de ciego, y hasta en el famoso *Romancero* del inolvidable D. Agustin Durán. El fondo del asunto es siempre idéntico: tragi-cómico, zumbon y terriblemente epigramático, como todas las lecciones dramáticas de moral de que se enamora nuestro pueblo; pero, en la forma, en el mecanismo accidental, en los procedimientos casuales, difiere mucho, muchísimo, del que relataba nuestro pastor; tanto, que

éste no hubiera podido recitar en la cortijada ninguna de dichas versiones, ni áun aquellas que corren impresas, sin que ántes se tapasen los oídos las muchachas en estado honesto, ó sin exponerse á que sus madres le sacaran los ojos. ¡A tal punto han extremado y pervertido los groseros patanes de otras provincias el caso tradicional que tan sabroso, discreto y pulcro resultaba en la version del clásico Repela!

Hace, pues, mucho tiempo que concebimos el propósito de restablecer la verdad de las cosas, devolviendo á la peregrina historia de que se trata su primitivo carácter, que nunca dudamos fuera aquel en que salia mejor librado el decoro. Ni ¿cómo dudarle? Esta clase de relaciones, al rodar por las manos del vulgo, nunca se desnaturalizan para hacerse más bellas, delicadas y decentes, sino para estropearse y percutirse al contacto de la ordinariez y la chabacanería.

Lo primero que hicimos con aquel intento fué *cederle el asunto* (como se dice entre escritores) á nuestro querido y malogrado amigo D. José Joaquin Villanueva, que se enamoró perdidamente de él, y que tan á pedir de boca lo hubiera desempeñado

con aquella sana y castiza pluma que escribió las *Avispas* y la *Franqueza*. Pero, ¡ay! Villanueva murió, cuando diz que apenas llevaba bosquejado el principio de una zarzuela titulada *El que se fué á Sevilla...* (cuyo argumento era el mismo de la presente obra), y todo se quedó en tal estado hasta el año de 1866.

Regresó entónces á España, despues de su larga permanencia en Méjico, el ilustre poeta D. José Zorrilla, y como llegásemos á referirle en uno de nuestros largos coloquios literarios la historia de *El Molinero y la Corregidora*, segun que nos la habia legado *Repela*, prendóse tambien del asunto el popular autor de *D. Juan Tenorio*, é hizonos entrever la posibilidad de que lo convirtiera inmediatamente en una comedia de *espadin y polvos*, que ya creíamos estar saboreando desde butaca de primera fila.

Pero han pasado ocho años, y Zorrilla no se ha vuelto á acordar del corregimiento ni del molino. Nosotros nos vamos haciendo viejos entre tanto, y podremos seguir á *Repela* á la tumba el día que más descuidados estemos...—Es una cosa que se ve todos los dias. Ahora se vive poco. Villanueva, Agustín Bonnat, Javier Ramirez, Becquer, Egui-

laz... eran casi de nuestra edad, y ya no están en el mundo...—Hemos decidido, por consiguiente, escribir nosotros mismos en nuestra humilde prosa la genuina historia de *El Corregidor y la Molinera*, más que con la presuncion de dar por realizado nuestro deseo y por concluida la tan suspirada obra, con el modesto fin de apuntar y divulgar su argumento, para que otras plumas puedan sacar de él mejor partido.—¡A no habernos quedado sin ninguna copia del romance de Repela, ó á ser nosotros hombres de más memoria, nos hubiéramos limitado á darlo á la estampa!

* * *

Otra advertencia, y concluimos este indigesto prefacio.

Cada uno de los muchos romances que circulan por toda España, ya de boca en boca, ó ya impresos, con relacion á la molinera y á la corregidora, fija el lugar de la escena en un pueblo distinto.

El incluido en el *Romancero* de D. Agustín Durán (tomo II, pág. 409, seccion de Cuentos vulgares) la pone en la ciudad de Arcos de la Frontera, y así es que se titula *El Molinero de Arcos*.

Hay otro, monopolizado por los ciegos, que principia de este modo:

En Jerez de la Frontera
Hubo un molinero honrado, etc.

Nuestro insigne maestro (¿de quién no lo es?) D. Juan Eugenio Hartzenbusch, con quien hemos tenido á honra consultar acerca del particular, nos ha dicho unas coplejas populares asaz verdes y hasta coloradas que sabe de memoria (¿qué no sabrá de memoria el erudito académico?), en las cuales se hace tambien mencion de esta última ciudad como patria del molinero.

En Jerez de la Frontera
Un molinero afamado...

es el comienzo de la primera copla.

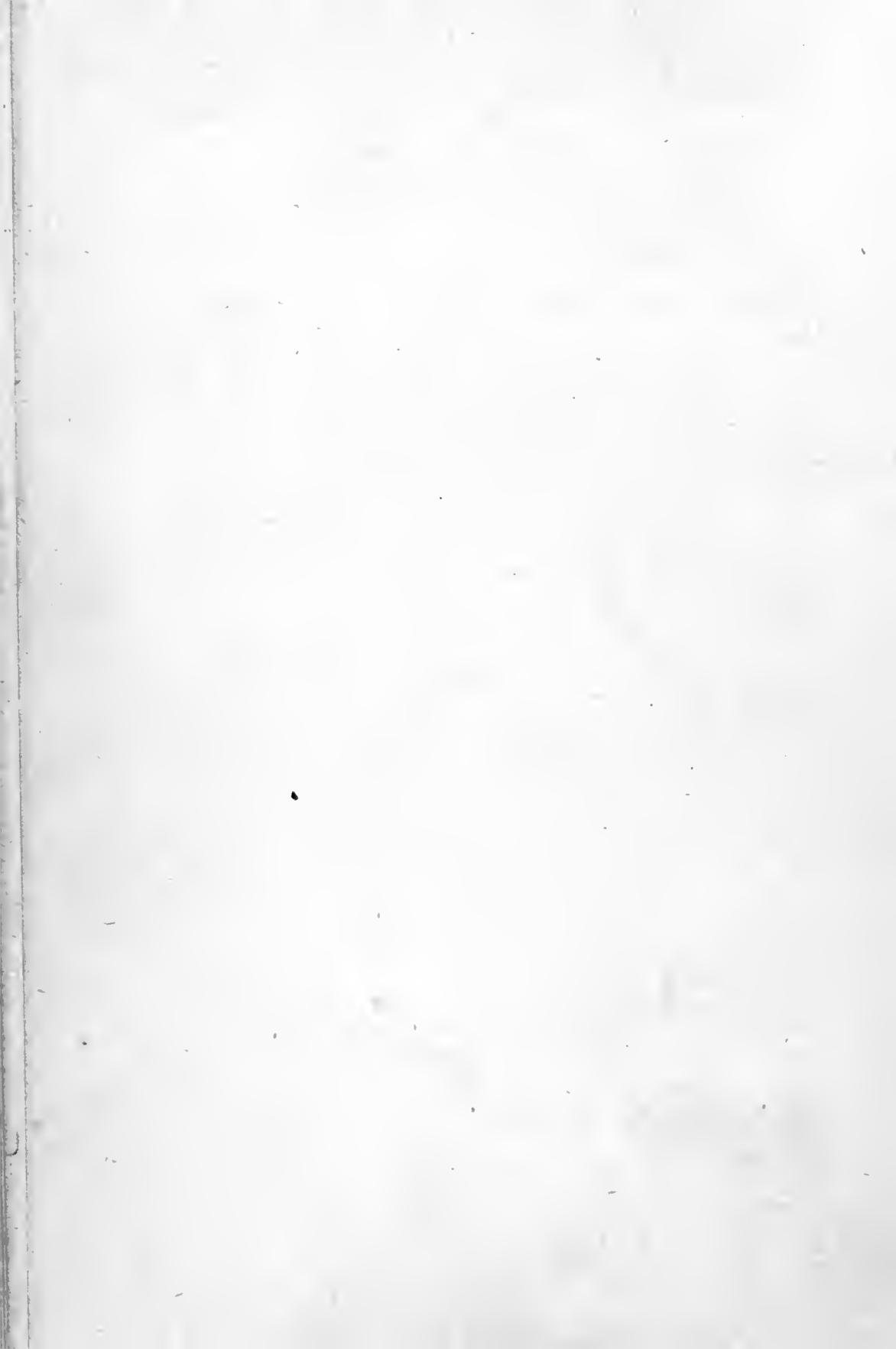
Los campesinos extremeños suelen colocar la accion en Plasencia, en Cáceres y en otras ciudades de su país.

Y finalmente, en el romance de *Repela* no se cita pueblo alguno como teatro de los sucesos.

En tal situacion, y considerando que *Repela* nació, vivió y murió en la provincia de Granada; que su version parece la auténtica y fidedigna, y que aquella es la tierra

que mejor conocemos nosotros, nos hemos tomado la licencia de figurar que sucedió el caso en una ciudad, que no nombramos, del antiguo reino granadino.

Perdónesenos esta falta, y todas las demás en que abunda la presente historia.



EL SOMBRERO DE TRES PICOS.

I.

De cuándo sucedió la cosa.

Comenzaba este largo siglo, que ya va de vencida.—No se sabe fijamente el año: sólo consta que era despues del de 4 y ántes del de 8.

Reinaba, pues, todavía en España don Cárlos IV de Borbon,—*por la gracia de Dios*, segun las monedas, y por un olvido ó gracia especial de Bonaparte, segun los boletines franceses.—Los demas soberanos europeos descendientes de Luis XIV habian perdido ya la coròna (y el jefe de ellos la

cabeza) en la deshecha borrasca que corria esta vieja parte del mundo desde 1789.

Ni paraba aquí la singularidad de nuestra patria en aquellos tiempos. El soldado de la revolucion, el hijo de un oscuro abogado corso, el vencedor de Rívoli, de las Pirámides, de Marengo y de otras cien batallas acababa de ceñirse la corona de Carlomagno y de transfigurar completamente la Europa, creando y suprimiendo naciones, borrando fronteras, inventando dinastías, y haciendo mudar de forma, de nombre, de sitio, de costumbres y hasta de traje á los pueblos por donde pasaba con su corcel de guerra como un terremoto animado, ó como el Antecristo, que le llamaban las potencias del Norte...—Sin embargo, nuestros padres (Dios los tenga en su santa gloria), léjos de odiarlo ó de temerle, complacíanse aún en ponderar sus descomunales hazañas, como si se tratase del héroe de un libro de caballería ó de cosas que sucedian en otro planeta, sin que ni por asomos se les ocurriese que pensara nunca en venir

por acá á intentar las atrocidades que habia hecho en Francia, Italia, Alemania y otros países. Una vez por semana (y dos á lo sumo) llegaba el correo de Madrid á la mayor parte de las poblaciones importantes de la Península, llevando siete números de la *Gaceta*, y por ellos sabian las personas *principales* (suponiendo que la *Gaceta* hablase del particular) si existia un Estado más ó ménos allende el Pirineo, si se habia reñido una batalla en que peleasen seis ú ocho reyes y emperadores, y si NAPOLEON se hallaba en Milán, en Bruselas ó en Varsovia...—Por lo demas, nuestros mayores seguian viviendo á la antigua española, sumamente despacio, apegados á sus rancias costumbres, en paz y en gracia de Dios, con su Inquisicion y con sus frailes, con su pintoresca desigualdad ante la ley, con sus privilegios, fueros y exenciones, con su carencia de toda libertad municipal ó política, gobernados simultáneamente por insignes obispos y poderosos corregidores (cuyas respectivas potestades no era muy fácil des-

lindar, pues unos y otros se metían en lo temporal y en lo eterno), y pagando diezmos, primicias, alcabalas, subsidios, limosnas y mandas forzosas, rentas, rentillas, capitaciones, tercias reales, gabelas, frutos civiles y hasta cincuenta tributos más, cuya nomenclatura no viene á cuento ahora.

Y aquí termina todo lo que la presente historia tiene que ver con la militar y política de aquella época; pues nuestro único objeto, al recordar lo que entónces sucedía en el mundo, ha sido venir á parar á que el año de que se trata (supongamos que el de 1805) imperaba todavía en España el antiguo régimen en todas las esferas de la vida pública y particular, como si en medio de tantas novedades y trastornos el Pirineo se hubiese convertido en otra muralla de la China.

II.

De cómo vivía entonces la gente.

En Andalucía, por ejemplo (pues precisamente aconteció en una ciudad de Andalucía lo que vais á oír), las personas de *suposicion* continuaban levantándose muy temprano, yendo á la catedral á misa de prima, aunque no fuese *diá de precepto*; almorzando á las nueve un huevo frito y una jícara de chocolate con picatostes; comiendo de una á dos de la tarde puchero y principio, si habia caza, y si no, puchero sólo; durmiendo la siesta despues de comer; paseando luego por el campo; yendo al ro-

III.

Do ut des.

En aquel tiempo, pues, habia cerca de la ciudad de *** (perteneciente al reino de Granada, y cabeza de corregimiento) un magnífico molino harinero (que ya no existe), situado como á un cuarto de legua de la poblacion, en un delicioso paraje, entre una colina poblada de guindos y cerezos y una fertilísima huerta que servia de márgen (y algunas veces de lecho) á un traicionero é intermitente rio.

Por varias y diversas razones, hacia ya algun tiempo que aquel molino era el pre-

dilecto punto de llegada y descanso de los paseantes más caracterizados de la mencionada ciudad...—Primeramente, conducía á él un camino carretero, ménos intransitable que los restantes de aquellos contornos.—En segundo lugar, delante del molino habia una plazoletilla empedrada, cubierta por un parral enorme, debajo del cual se tomaba muy bien el fresco en el verano, y el sol en el invierno, merced á la alternada ida y venida de los pámpanos...—En tercer lugar, el molinero era un hombre muy respetuoso, muy discreto, muy fino, que tenia lo que se llama dón de gentes, y que obsequiaba á los señorones que solian honrarlo con su tertulia vespertina, ofreciéndoles... lo que daba el tiempo; ora habas verdes, ora cerezas y guindas, ora lechugas en rama y sin sazonar (que están muy buenas cuando se las acompaña de macarros de pan de aceite; macarros que se encargaban de enviar por delante sus señorías), ora melones, ora uvas de aquella misma parra que les servia de dosel, ora

III.

Do ut des.

En aquel tiempo, pues, habia cerca de la ciudad de *** (perteneciente al reino de Granada, y cabeza de corregimiento) un magnífico molino harinero (que ya no existe), situado como á un cuarto de legua de la poblacion, en un delicioso paraje, entre una colina poblada de guindos y cerezos y una fertilísima huerta que servia de márgen (y algunas veces de lecho) á un traicionero é intermitente rio.

Por varias y diversas razones, hacia ya algun tiempo que aquel molino era el pre-

dilecto punto de llegada y descanso de los paseantes más caracterizados de la mencionada ciudad...—Primeramente, conducía á él un camino carretero, ménos intransitable que los restantes de aquellos contornos.—En segundo lugar, delante del molino habia una plazoletilla empedrada; cubierta por un parral enorme, debajo del cual se tomaba muy bien el fresco en el verano, y el sol en el invierno, merced á la alternada ida y venida de los pámpanos...—En tercer lugar, el molinero era un hombre muy respetuoso, muy discreto, muy fino, que tenia lo que se llama dón de gentes, y que obsequiaba á los señorones que solian honrarlo con su tertulia vespertina, ofreciéndoles... lo que daba el tiempo; ora habas verdes, ora cerczas y guindas, ora lechugas en rama y sin sazonar (que están muy buenas cuando se las acompaña de macarros de pan de aceite; macarros que se encargaban de enviar por delante sus señorías), ora melones, ora uvas de aquella misma parra que les servia de dosel, ora

rosetas de maiz, si era invierno, y castañas asadas, y almendras, y nueces, y, de vez en cuando, en las tardes muy frias, un trago de vino de pulso (dentro ya de la casa y al amor de la lumbre), á lo que por Pascuas se solia añadir algun pestiño, algun mantecado, algun rosco, ó alguna lonja de jamon alpujarreño.

—¿Tan rico era el molinero, ó tan imprudentes sus tertulianos?—exclamareis, interrumpiéndome.

Ni lo uno ni lo otro. El molinero sólo tenia un pasar, y aquellos caballeros eran la delicadeza y el orgullo personificados. Pero en un tiempo en que se pagaban cincuenta y tantas contribuciones diferentes á la Iglesia y al Estado, poco arriesgaba un rústico de tan claras luces como aquel en tenerse ganada la voluntad de regidores, canónigos, frailes, escribanos y demas personas de campanillas. Así es, que no faltaba quien dijese que el tio Lúcas (tal era el nombre del molinero) se ahorra un dineral al año á fuerza de agasajar á todo el mundo.—

«Vuestra merced me va á dar aquella puer-
tecilla vieja de la casa que ha derribado», le
decia á uno.—«Vuestra señoría (le decia á
otro) va á mandar que me rebajen el subsi-
dio, ó la alcabala, ó la contribucion de fru-
tos civiles.»—«Vuestra reverencia me va á
dejar coger en la huerta del convento una
poca hoja para mis gusanos de seda.»—
«Vuestra ilustrísima me va á dar permiso
para traer una poca leña del monte X.»—
«Vuestra paternidad me va á poner una car-
ta para que me permitan cortar una poca
madera en el pinar H.»—«Es menester que
me haga usarcé una escriturilla que no me
cueste nada.»—«Este año no puedo pagar
el censo.»—«Espero que el pleito se falle á
mi favor.»—«Hoy le he dado de bofetadas
á uno, y creo que debe ir á la cárcel por ha-
berme provocado.»—«¿Tendria su merced
tal cosa de sobra?»—«¿Le sirve á V. de
algo tal otra?»—«¿Me puede prestar la mu-
la?»—«¿Tiene ocupado mañana el carro?»
—«¿Le parece que envíe por el burro?»...

Y estas canciones se repetian á todas ho-

ras, obteniendo siempre por contestacion un generoso «*Como se pide.*»

Conque ya veis que el tio Lúcas no estaba en camino de arruinarse.

IV.

Una mujer vista por fuera.

La última y acaso la más poderosa razón que tenía el *señorío* de la ciudad para frecuentar por las tardes el molino del tío Lucas, era... que, así los clérigos como los seculares, empezando por el señor obispo y el señor corregidor (que tampoco se desdeñaban de visitarlo), podían contemplar allí á sus anchas una de las obras más bellas, más graciosas y más admirables que hayan salido jamás de las manos de Dios,—llamado entonces el *Sér Supremo* por Jovellanos y toda la escuela afrancesada de nuestro país...—Esta obra era la señá Frasquita.

Empiezo por responderos de que la seña Frasquita, legítima esposa del tío Lúcas, era una mujer de bien, y de que así lo sabían todos los ilustres visitantes del molino. Digo más: ninguno de éstos daba muestras de considerarla con ojos concupiscentes ni con intención pecaminosa. Admirábanla, sí, y requiebriábanla en ocasiones (delante de su marido, por supuesto) lo mismo los frailes que los caballeros, los canónigos que los golillas, como un prodigio de belleza que honraba á su Criador, y como una diablesa de travesura y coquetería que alegraba inocentemente los espíritus más melancólicos.—«Es un *hermoso animal*»—solía decir el virtuosísimo prelado.—«Es una estatua de la antigüedad helénica»—observaba un abogado muy erudito, académico correspondiente de la Historia.—«Es la propia estampa de Eva»—prorumpía el prior de los franciscanos.—«Es una real moza»—exclamaba el coronel de milicias.—«Es una sierpe, una sirena, un demonio»—añadía el corregidor.—«Pero es una buena mujer, es un ángel, es una

criatura, es una chiquilla de cuatro años»— acababan por decir todos, al regresar del molino, atiborrados de uvas ó de nueces, en busca de sus téttricos y metódicos hogares.

La chiquilla de cuatro años, esto es, la señá Frasquita, frisaria en los treinta. Tenia más de cinco piés de estatura, y era recia á proporcion, ó quizás más gruesa todavía de lo correspondiente á su arrogante talla. Parecia una Niove colosal, y eso que no habia tenido hijos; parecia una Hércules-hembra; parecia una matrona romana de las que aún se ven ejemplares en el Trastevere.—Pero lo más notable en ella era la movibilidad, la ligereza, la animacion, la gracia de su respetable mole. Para ser una estatua como pretendia el académico, le faltaba el reposo monumental. Se cimbraba como un junco, giraba como una veleta, bailaba como una peonza. Su rostro era más movible todavía, y por lo tanto ménos escultural: avivábanlo donosamente hasta cinco hoyuelos; dos en una mejilla, otro en otra, otro muy chico cerca de la comisura izquierda de sus rien-

tes labios, y el último, muy grande, en medio de su redonda barba. Añadid á esto los picarescos mohines, los graciosos guiños y las variadas posturas de cabeza que amenizaban su conversacion, y formareis idea de aquella cara llena de sal y de hermosura, y rebosante siempre de salud y de alegría.

Ni la señá Frasquista ni el tio Lúcas eran andaluces: ella era navarra y él murciano. Él habia ido á la ciudad de ***, á la edad de quince años, como medio paje, medio criado del obispo anterior al que entónces gobernaba aquella Iglesia, y su señor le dejó á su muerte aquel molino. El tio Lúcas sirvió luego al Rey; hizo en 1793 la campaña de los Pirineos occidentales, como ordenanza del valiente general D. Ventura Caro; asistió al asalto de Castillo-Piñon, y permaneció largo tiempo en las provincias del Norte; donde tomó la licencia absoluta. En Estella conoció á la señá Frasquita, que entónces sólo se llamaba Frasquita; la enamoró; se casó con ella, y se la llevó al reino de Granada en busca de aquel molino que habia

de verlos tan pacíficos y dichosos durante el resto de su peregrinacion por este valle de lágrimas y risas.

La señá Frasquita, pues, trasladada de Navarra á aquella soledad, no habia adquirido ningun hábito andaluz, y se diferenciaba mucho de las mujeres campesinas de los contornos. Vestia con más sencillez, desenfado y elegancia que ellas; lavaba más sus carnes y permitia al sol y al aire acariciar sus arremangados brazos y su descubierta garganta. Usaba hasta cierto punto el traje de las señoras de aquella época, el traje de las mujeres de Goya, el traje de la reina María Luisa; si no falda de medio paso, falda de un paso solo, sumamente corta, que dejaba ver sus menudos piés y el arranque de su soberana pierna: llevaba el escote redondo y bajo, al estilo de Madrid, donde se detuvo dos meses con su Lúcas al trasladarse de Navarra á Andalucía; todo el pelo recogido en lo alto de la coronilla, lo cual dejaba campear la gallardía de su cabeza y de su cuello; sendas arracadas en las disminu-

tas orejas, y muchas sortijas en los ya celebrados dedos de sus duras pero limpias manos.—Por último, la voz de la señá Frasquita tenia todos los tonos del más extenso y melodioso instrumento, y su carcajada era tan alegre y argentina que parecia un repique de sábado de gloria.

Retratemos ahora al tío Lúcas.

V.

Un hombre visto por fuera y por dentro.

El tío Lúcas era más feo que Picio. Lo había sido toda su vida, y ya tenía cerca de cuarenta años. Sin embargo, pocos hombres tan simpáticos y agradables habrá echado Dios al mundo. Prendado de su viveza, de su ingenio y de su gracia, el difunto obispo se lo pidió á sus padres, que eran pastores, no de almas, sino de verdaderas ovejas, á fin de darle educación y dedicarlo á la carrera eclesiástica. Muerto Su Ilustrísima, y dejado que hubo el mozo, voluntariamente, el seminario por el cuartel, distinguiólo entre todo

su ejército el general Caro, y lo hizo su ordenanza más íntimo, su verdadero criado de campaña. Cumplido, en fin, su empeño militar, fuéle tan fácil al tío Lucas rendir el corazón de la señá Frasquita, como fácil le habia sido captarse el aprecio del general y del prelado. La navarra, que tenia á la sazón veinte abriles, y era el ojo derecho de todos los mozos de Estella, algunos de ellos bastante ricos, no pudo resistir á los continuos donaires, á las chistosas ocurrencias, á los ojillos de enamorado mono y á la bufona y constante sonrisa, llena de malicia, pero tambien de dulzura, de aquel murciano tan atrevido, tan locuaz, tan avisado, tan dispuesto, tan valiente y tan gracioso, que acabó por trastornar el juicio no sólo á la codiciada beldad, sino tambien á su padre y á su madre.

Lucas era en aquel entónces, y seguia siendo en la fecha á que nos referimos, de pequeña estatura (á lo ménos con relacion á su mujer), un poco cargado de espaldas, muy moreno, barbilampiño, narigon, oreju-

do y picado de viruelas. Únicamente su boca era regular y su dentadura inmejorable. Díjérase que sólo la corteza de aquel hombre era tosca y fea, y que tan luego como empezaba á penetrarse dentro de él aparecían sus perfecciones, y que estas perfecciones principiaban en los dientes. Luego venía la voz, que era vibrante, elástica, atractiva; varonil y grave unas veces, dulce y melosa cuando pedía algo, y siempre difícil de resistir. Llegaba despues lo que aquella voz decía: todo oportuno, discreto, ingenioso, persuasivo...—Y por último, en el alma del tío Lúcas había valor, lealtad, honradez, sentido comun, deseo de saber y conocimientos instintivos ó empíricos de muchas cosas, un profundo desden á los necios, cualquiera que fuese su categoría social, y cierto espíritu de ironía, de burla y de sarcasmo que le hacían pasar, á los ojos del académico, por un D. Francisco de Quevedo en bruto.

Tal era por dentro y por fuera el tío Lúcas.

VI.

Habilidades de los dos cónyuges.

Amaba, pues, locamente la señá Frasquita al tío Lúcas, y considerábase la mujer más feliz del mundo en verse adorada por él. No tenían hijos, segun que ya sabemos, y habíase dedicado el uno á cuidar y mimar al otro con un esmero indecible; pero sin que aquella solicitud y ternura ostentase el carácter sentimental y empalagoso, por lo zalamero, de casi todos los matrimonios sin sucesion. Por el contrario, tratábanse con una llaneza, una alegría, una broma y una confianza semejantes á las de los niños, ca-

maradas de juegos y de diversiones; los cuales se quieren con toda el alma sin decirselo jamás, ni darse á sí mismos cuenta de lo que sienten.

¡Imposible que haya habido sobre la tierra molinero mejor tratado, mejor vestido, más regalado en la mesa, rodeado de más comodidades en su casa que el tío Lúcas! ¡Imposible que ninguna molinera ni ninguna reina haya sido objeto de tantas atenciones, de tantos agasajos, de tantas finezas como la señá Frasquita! ¡Imposible tambien que ningun molino haya encerrado tantas cosas útiles, agradables, recreativas, necesarias y hasta supérfluas como el que va á servir de teatro á casi toda la presente historia!

Contribuia mucho á ello que la señá Frasquita, la pulcra, hacendosa, fuerte y saludable navarra, sabia y podia guisar, coser, bordar, barrer, hacer dulces, lavar, planchar, blanquear su casa, fregar el cobre, amasar, tejer, hacer media, cantar, bailar, tocar la guitarra y los palillos, jugar á la brisca y al tute, y otras muchísimas cosas

cuya relacion fuera interminable.—Y contribuia no ménos al mismo resultado el que el tio Lúcas sabia dirigir la molienda, cultivar el campo, cazar, pescar, trabajar de carpintero, de herrero y de albañil, ayudar á su mujer en todos los quehaceres de la casa; leer, escribir, contar, etc., etc.

Y esto sin hacer mencion de los ramos de lujo, ó sea de sus habilidades extraordinarias.

Por ejemplo: El tio Lúcas adoraba las flores (lo mismo que su mujer), y era un floricultor tan consumado, que habia llegado á producir ejemplares nuevos por medio de laboriosas combinaciones. Tenia algo de ingeniero natural, y lo habia demostrado construyendo una presa, un sifon y un acueducto que triplicaron el agua del molino. Habia enseñado á bailar á un perro, domesticado una culebra, y hecho que un loro diese la hora por medio de gritos, segun las iba marcando un reloj de sol que el molinero habia trazado en una pared; de cuyas resultas el loro daba ya la hora con toda precision hasta

en los días nublados y durante la noche.

Finalmente, en el molino había una huerta, que producía toda clase de frutas y legumbres; un estanque, encerrado en una especie de kiosko de jazmines, donde se bañaban en el verano el tío Lúcas y la señá Frasquita; un jardín; una estufa ó invernadero para las plantas exóticas; una fuente de agua potable; dos burras, en que el matrimonio iba á la ciudad ó á los pueblos de las cercanías; gallinero; palomar; pajarera; criadero de peces; criadero de gusanos de seda; colmenas, cuyas abejas libaban en los jazmines; jaraiz ó lagar, con su bodega correspondiente, ambas cosas en miniatura; horno, telar, fragua, taller de carpintería, etc., etc.; todo ello reducido á una casa de ocho habitaciones y á dos fanegas de tierra, y tasado en la cantidad de diez mil reales.

VII.

El fondo de la felicidad.

Adorábanse, sí, locamente el molinero y la molinera, y aún se hubiera creído que ella lo quería más á él que él á ella, á pesar de ser él tan feo y ella tan hermosa. Dígolo porque la señá Frasquita solia tener celos y pedirle cuentas al tío Lúcas cuando éste se tardaba mucho en regresar de la ciudad ó de los pueblos adonde iba por trigo, miéntras que el tío Lúcas veia hasta con gusto las atenciones de que era objeto la señá Frasquita por parte de los señores que frecuentaban el molino; se ufanaba y regocijaba

de que todos la encontrasen tan hechicera como él; y, aunque comprendia que en el fondo del corazon se la envidiaban algunos de ellos, la codiciaban como simples mortales, y hubieran dado cualquier cosa porque fuese ménos mujer de bien, la dejaba sola dias enteros sin el menor cuidado, y nunca le preguntaba luego qué habia hecho ni quién habia estado allí durante su ausencia...

No consistia aquello, sin embargo, en que el amor del tio Lúcas fuese ménos vivo que el de la seña Frasquita. Consistia en que él tenia más confianza en la virtud de ella que ella en la de él; consistia en que él la aventajaba en penetracion y sabia hasta qué punto era amado y todo lo que su mujer se respetaba á sí misma; y consistia en que el tio Lúcas era todo un hombre; un hombre como el de Shakspeare, de pocos é indivisibles sentimientos; incapaz de duda; que creia ó moria; que amaba ó mataba; que no admitia gradacion ni tránsito entre la suprema felicidad y el exterminio

de su dicha.—Era un *Otelo* de Murcia, con alpargatas y montera, en el primer acto de una tragedia posible.

Pero ¿á qué estas notas lúgubres en una tonadilla tan alegre? ¿A qué estos relámpagos fatídicos en una atmósfera tan serena? ¿A qué estas reminiscencias trágicas en una historia *de género*?

Vais á saberlo inmediatamente.

VIII.

El hombre del sombrero de tres picos.

Eran las dos de una tarde de Octubre.

El esquilon de la Catedral tocaba á vísperas,—lo cual queria decir que ya habian comido todas las personas principales de la ciudad.

Los canónigos se dirigian al coro, y los seglares á las alcobas á dormir la siesta, sobre todo aquellos que, por razon de oficio, vg. las autoridades, habian pasado la mañana entera trabajando.

Era, pues, muy de extrañar que á aquella hora, impropia además para dar un paseo, pues todavia hacia demasiado calor, sa-

liese de la ciudad, á pié, y seguido de un solo alguacil, el ilustre señor corregidor de la misma,—á quien no podia confundirse con ninguna otra persona ni de dia ni de noche, así por la enormidad de su sombrero de tres picos y por lo vistoso de su capa de grana, como por lo particularísimo de su grotesco donaire...

De la capa de grana y del sombrero de tres picos, son muchas todavia las personas que pudieran hablar con pleno conocimiento de causa. Nosotros, entre ellas, lo mismo que todos los nacidos en aquella ciudad en las postrimerías del reinado del Señor D. Fernando VII, recordamos haber visto colgados de un clavo, en medio de una desmantelada pared, en la ruinoso torre de la casa que habitó su señoría, (torre destinada á la sazón á los infantiles juegos de sus nietos,) aquellas dos prendas anticuadas, aquella capa y aquel sombrero,—el negro sombrero encima y la capa roja debajo,—formando una especie de espectro del absolutismo, una especie de sudario del corregidor,

una especie de caricatura retrospectiva de su poder, pintada con carbon y almagre, como tantas otras, por los párvulos constitucionales de la de 1837 que allí nos reuníamos; una especie, en fin, de *espanta-pájaros*, que en otro tiempo habia sido *espanta-hombres*, y que hoy me da miedo de haber contribuido á escarnecer, paseándolo por aquella histórica ciudad en dias de carnes-tolendas, en lo alto de un deshollinador, ó sirviendo de disfraz irrisorio al idiota que más hacia reir á la pleble...—¡Pobre principio de autoridad! ¡Así te hemos puesto los mismos que hoy te invocamos tanto!

En cuanto al indicado grotesco donaire del señor corregidor, consistia (dicen) en que era cargado de espaldas... todavia más cargado de espaldas que el tio Lucas... casi jorobado, para decirlo de una vez; de estatura ménos que mediana; endeblillo; de mala salud; con las piernas arqueadas, y una manera de andar *sui géneris* (balanceándose de un lado á otro y de atrás hácia adelante), que sólo se puede describir con

la absurda fórmula de que parecía cojo de los dos piés.—En cambio (añade la tradición) su rostro era regular, aunque ya bastante arrugado por la falta absoluta de dientes y muelas; moreno verdoso, como el de casi todos los hijos de las Castillas; con grandes ojos oscuros, en que relampagueaban la cólera, el despotismo y la lujuria; con finas y traviesas facciones, que no tenían la expresión del valor personal, pero sí la de una malicia artera capaz de todo, y con cierto aire de satisfacción, medio aristocrático, medio libertino, que revelaba que aquel hombre habría sido, en su remota juventud, muy agradable y acepto á las mujeres, á pesar de sus piernas y de su joroba.

D. Eugenio de Zúñiga y Ponce de Leon (que así se llamaba su señoría) había nacido en Madrid de una familia ilustre, y frisaría á la sazón en los cincuenta y cinco años, llevando cuatro de corregidor en la ciudad de que tratamos, donde se casó, á poco de llegar, con la principalísima señora que diremos más adelante.

Las medias de D. Eugenio (única parte que, además de los zapatos, dejaba ver de su vestido la extensísima capa de grana) eran blancas, y los zapatos negros, con hebilla de oro. Pero luego que el calor del campo le obligó á desembozarse, vídose que llevaba gran corbata de batista; chupa de sarga de color de tórtola, muy festoneada de ramillos verdes, bordados de realce; calzon corto, negro, de seda; una enorme casaca de la misma estofa que la chupa; espadin con empuñadura de acero; baston con borlas, y un respetable par de guantes (ó quirotecas) de gamuza pajiza, que no se ponía nunca, empuñados por la mitad á guisa de cetro.

El alguacil que seguía á veinte pasos de distancia al señor corregidor se llamaba *Garduña*, y era la propia estampa de su nombre.—Flaco, agilísimo, mirando adelante y atrás, á derecha é izquierda al propio tiempo que andaba; de largo cuello; de diminuto y repugnante rostro, y con dos manos como dos manojos de disciplinas, parecía juntamente un huron en busca de cri-

minales, la cuerda que habia de atarlos, y el instrumento destinado á su castigo...

El primer corregidor que le echó la vista encima le dijo sin más informes: *Tú serás mi primer alguacil...*—Y ya lo habia sido de cuatro corregidores.

Tenia cuarenta y ocho años, y llevaba sombrero de tres picos, mucho más pequeño que el de su señor (pues repetimos que el de éste era descomunal), capa negra como las medias y todo el traje, baston sin borlas, y una especie de asador por espada.

Aquel otro espantajo negro parecia la sombra de su vistoso amo.

IX.

¡Arre, burra!

Por donde quiera que pasaban el personaje y su apéndice, los labradores dejaban sus faenas y se descubrían hasta los piés, con más miedo que respeto; despues de lo cual se decian en voz baja:

—¡Temprano va esta tarde el señor corregidor á ver á la señá Frasquita!

—¡Temprano... y solo!—añadian algunos, acostumbrados á verlo siempre dar aquel paseo en compañía de otras varias personas.

—Oye, tú, Manuel; ¿por qué irá solo

esta tarde el señor corregidor á ver á la navarra?—le preguntó una lugareña á su marido, que la llevaba á grupas en la bestia.

Y, al mismo tiempo que la pregunta, le hizo cosquillas por via de retintin.

—¡No seas mal pensada, Josefa!—exclamó el buen hombre.—La seña Frasquita es incapaz...

—No digo yo lo contrario... Pero el corregidor no es por eso incapaz de estar enamorado de ella... Yo he oido decir que, de todos los que van á las francachelas del molino, el único que lleva mal fin es ese madrileño tan aficionado á faldas...

—¿Y qué sabes tú si es aficionado á faldas?—preguntó á su vez el marido.

—No lo digo por mí... ¡Ya se hubiera guardado, todo lo corregidor que es, de decirme los ojos tienes negros!

La que así hablaba era más que medianamente fea.

—¡Pues mira, hija, allá ellos!—replicó el llamado Manuel.—Yo no creo al tío Lú-

cas hombre de consentir... ¡Bonito genio tiene el tío Lúcas cuando se enfada!

—Pero, en fin, si ve que le conviene...— añadió la tía Josefa, retorciendo el hocico.

—El tío Lúcas es un hombre de bien,— repuso el lugareño;—y á un hombre de bien nunca pueden convenirle esas cosas.

—Pues entónces, tienes razon... ¡Allá ellos!... Si yo fuera la señá Frasquita...

—¡Arre, burra!—gritó el marido para mudar la conversacion.

Y la burra salió al trote; con lo que no pudo oirse el resto del diálogo.

X.

Desde la parra.

Miéntras así discurrían los labriegos que saludaban al señor corregidor, la señá Frasquita regaba y barria cuidadosamente la plazoletilla empedrada que servía de átrio ó compás al molino, y colocaba media docena de sillas debajo de lo más espeso del emparado, en el cual estaba subido el tío Lúcas, cortando los mejores racimos y arreglándolos artísticamente en una cesta.

—Pues sí, Frasquita,—decía et tío Lúcas desde lo alto de la parra;—el señor corregidor está enamorado de tí de muy mala manera...

—Ya te lo dije yo hace tiempo,—contestó la mujer del Norte.—¡Pero, déjalo que pene! —¡Cuidado, Lucas, no te vayas á caer!

—Descuida, que estoy bien agarrado. Tambien le gustas mucho al señor...

—Mira, no me des más noticias,—interrompió ella.—¡Demasiado sé yo á quién le gusto y á quién no le gusto! ¡Ojalá supiera del mismo modo por qué no te gusto á tí!

—Porque eres muy fea,—contestó el tío Lucas.

—Pues fea y todo, soy capaz de subir á la parra y echarte de cabeza al suelo...

—Más fácil seria que yo no te dejase bajar de la parra...

—¡Eso es!... y cuando vinieran mis galanes, dirian que éramos un mono y una mona...

—Y acertarian; porque tú eres muy mona y muy rebonita, y yo parezco un mono con esta joroba...

—Que á mí me gusta muchísimo...

—Entonces te gustará más la del corregidor, que es mayor que la mia.

—¡Vamos! ¡Vamos! Sr. D. Lúcas... que me parece que tiene V. celos...

—¿Celos yo de ese viejo petate? Al contrario. Me alegro mucho de que te quiera...

—¿Por qué?

—Porque en el pecado lleva la penitencia. Tú no has de quererlo nunca, y yo seré entre tanto el verdadero corregidor de la ciudad.

—¡Miren el vanidoso! Pues figúrate que llegase á quererlo... ¡Cosas más raras se ven en el mundo!

—Tampoco se me daría gran cosa...

—¿Por qué?

—Porque entónces, tú no serias ya tú; y, no siendo tú quien eres, ó como yo creo que eres, maldito lo que me importaría que te llevasen los demonios.

—Pero bien, ¿qué harías en semejante caso?

—¿Yo? ¡Mira lo que no sé!... Porque, como entónces yo sería otro y no el que soy ahora, no puedo figurarme lo que pensaría despues de mi trasformacion...

—¿Y por qué serías entónces otro?

—Porque yo soy ahora un hombre que cree en tí como en sí mismo, y que no tiene más vida que esta creencia. De consiguiente, al dejar de creer en tí, me moriria, ó me convertiria en un nuevo hombre; viviria de otro modo; me pareceria que acababa de nacer; tendria otros sentimientos. Ignoro, pues, lo que aquel *segundo yo* haria entónces contigo. Puede que se echara á reir y te volviera la espalda. Puede que ni siquiera te conociese. Puede que... Pero ¡vaya un gusto que tenemos en ponernos de mal humor sin necesidad! ¿Qué nos importa á nosotros que te quieran todos los corregidores del mundo? ¿No eres tú mi Frasquita?

—Sí, pedazo de bárbaro,—contestó la navarra, riendo á más no poder:—yo soy tu Frasquita, y tú eres mi Lúcas de mi alma, más feo que el bú, con más talento que todos los hombres, más bueno que el pan y más querido... ¡Ah, lo que es eso de querido, cuando bajas de la parra lo verás! ¡Prepárate á llevar más bofetadas y pellizcos que pelos

tienes en la cabeza! Pero, ¡calla! ¿Qué es lo que veo? El señor corregidor viene por allí completamente solo... ¡Y tan tempranito!... Ese trae plan.

—Pues aguántate, y no le digas que estoy subido en la parra. Ese viene á declararse á solas contigo, creyendo pillarme durmiendo la siesta. Quiero divertirme oyendo su explicacion.

Así dijo el tio Lúcas, alargándole la cesta á su mujer.

—No está mal pensado,—exclamó ella, lanzando nuevas carcajadas.—¡El demonio del madrileño! ¿Qué se habrá creído que es un corregidor para mí? Pero aquí llega... Por cierto que Garduña, que lo seguia á alguna distancia, se ha sentado en la ramblilla á la sombra... ¡Qué majadería! Ocúltate tú bien entre los pámpanos, que nos vamos á reir más de lo que te figuras.

Y dicho esto, la hermosa navarra rompió á cantar una copla de fandango, que ya le era tan familiar como las canciones de su tierra.

XI.

El bombardeo de Pamplona.

—Dios te guarde, Frasquita,—dijo el corregidor á media voz, apareciendo bajo el emparrado y andando de puntillas.

—¡Tanto bueno, señor corregidor!—respondió ella en voz natural, haciéndole mil reverencias.—¡Usía por aquí á estas horas! ¡Y con el calor que hace!... ¡Vaya, siéntese su señoría!... Esto está fresquito... ¡Cómo no ha aguardado su señoría á los demas señores? Aquí tienen ya preparados sus asientos... Esta tarde esperamos al señor obispo en persona, que le ha prometido á mi Lucas

venir á probar las primeras uvas de la parra.—¿Y cómo lo pasa su señoría? ¿Cómo lo pasa la señora?

El corregidor estaba turbado.

La ansiada soledad en que encontraba á la señá Frasquita le parecía un sueño, ó un lazo que le tendía la enemiga suerte para hacerle caer en el abismo de un desengaño.

Limitóse, pues, á contestar:

—No es tan temprano como dices... Serán las tres y media...

El loro dió en aquel momento un chillido.

—Son las dos y cuarto,—dijo la navarra, mirando de hito en hito al madrileño.

Este calló; como reo convicto que renuncia á la defensa.

—¿Y Lucas? ¿Duerme?—preguntó al cabo de un rato.

(Debemos advertir aquí que el corregidor, lo mismo que todos los que no tienen dientes, hablaba con una pronunciación floja y sibilante, como si se estuviese comiendo sus propios labios.)

—De seguro,—contestó la señá Fras-

quita.—En llegando esta hora, se queda dormido donde primero le coge, aunque sea en el borde de un precipicio...

—Pues mira... déjalo dormir...—exclamó el viejo corregidor, poniéndose más pálido de lo que ya era. — Y tú, mi querida Frasquita, escúchame... oye... ven acá... Siéntate aquí, á mi lado... Tengo muchas cosas que decirte...

—Ya estoy sentada,—respondió la molinera, agarrando una silla baja y plantándola delante del corregidor, á cortísima distancia de la suya.

Una vez que se hubo sentado, echó una pierna sobre la otra, inclinó el cuerpo hácia adelante, apoyó un codo sobre la rodilla cabalgadora, y la fresca y hermosa cara en una de sus manos; y así, con la cabeza un poco ladeada, la sonrisa en los labios, los cinco hoyos en actividad, y las serenas pupilas clavadas en el corregidor, aguardó la declaracion de su señoría.—Hubiera podido comparársela con Pamplona esperando un bombardeo.

El pobre hombre fué á hablar y se quedó con la boca abierta, embelesado ante aquella grandiosa hermosura, ante aquella esplendidez de gracias, ante aquella formidable mujer, de alabastrino color, de lujosas carnes, de limpia y riente boca, de azules é insondables ojos, que parecia creada por el pincel de Rubens.

—Frasquita...—murmuró al fin el delegado del Rey con acento desfallecido, mientras que su marchito rostro, cubierto de sudor, destacándose sobre su joroba, expresaba una inmensa angustia.—Frasquita...

—Me llamo,—contestó la hija de los Pirineos.—¿Y qué?

—Lo que tú quieras,—repuso el viejo con una ternura sin límites.

—Pues lo que yo quiero,—dijo la molinera,—ya lo sabe usía. Lo que yo quiero es que usía nombre secretario del ayuntamiento de la ciudad á un sobrino mio que tengo en Estella, y que así podrá venirse de aquellas montañas, donde está pasando muchos apuros...

—Te he dicho, Frasquita, que eso es imposible. El secretario actual...

—Es un ladrón, un borracho y un bestia.

—Ya lo sé... Pero tiene buenas alabas entre los regidores perpétuos, y yo no puedo nombrar otro sin acuerdo del cabildo. De lo contrario, me expongo...

—¡Me expongo!... ¡Me expongo!... ¿A qué no nos expondríamos por vuestra señoría hasta los gatos de esta casa?

—¿Me querrias á ese precio?—tartamudeó el corregidor.

—No, señor; que lo quiero á usía de balde.

—Mujer, no me des tratamiento. Háblame de usted ó como se te antoje... ¿Conque vas á quererme? Dí...

—¿No le digo á V. que lo quiero ya?

—Pero...

—No hay pero que valga. ¡Verá V. qué guapo y qué hombre de bien es mi sobrino!

—¡Tú sí que eres guapa, Frasquita!...

—¿Le gusto á V.?

—¡Que si me gustas!... ¡No hay mujer como tú!

—Pues mire V... Aquí no hay nada positivo...—contestó la señá Frasquita, acabando de arrollar la manga de su jubon, y mostrando al corregidor el resto de su brazo, digno de una cariátide, y más blanco que una azucena.

—¡Que si me gustas!—prosiguió el corregidor.—De dia, de noche, á todas horas, en todas partes, sólo pienso en tí...

—¿Pues qué? ¿No le gusta á V. la señora corregidora?—preguntó la señá Frasquita con una fingida compasion que hubiera hecho reir á un hipocondriaco.—¡Qué lástima! Mi Lúcas me ha dicho que tuvo el gusto de verla y de hablarle cuando fué á componerle á V. el reloj de la alcoba, y que es muy guapa, muy buena, y de un trato muy cariñoso.

—¡No tanto! ¡No tanto!—murmuró el corregidor con cierta amargura.

—En cambio, otros me han dicho—prosiguió la molinera,—que tiene muy mal

genio, que es muy celosa, y que V. le tiembla más que á una vara verde...

—¡No tanto, mujer!...—repitió D. Eugenio de Zúñiga y Ponce de Leon, poniéndose colorado.—¡Ni tanto ni tan poco! La corregidora tiene sus manías, es cierto... Pero de ello á hacerme temblar hay mucha diferencia. ¡Yo soy el corregidor!...

—Pero, en fin, ¿la quiere V. ó no la quiere?

—Te diré... Yo la quiero mucho... ó por mejor decir, la queria ántes de conocerte. Pero desde que te ví, no sé lo que me pasa, y ella misma conoce que me pasa algo. Bástete saber que hoy, para mí, tomarle la cara á mi mujer me hace la misma operacion que si me la tomara á mí propio... Ya ves que no puedo quererla más, ni sentir menos... ¡Mientras que por coger esa mano, ese brazo, esa cara, esa cintura... daría lo que no tengo!

Y hablando así el corregidor, trató de apoderarse del brazo desnudo que la señá Frasquita le estaba refregando material-

mente por los ojos; pero ésta, sin descomponerse, extendió la mano, tocó el pecho de su señoría con la pacífica violencia é incontrastable rigidez de la trompa de un elefante, y lo tiró de espaldas con silla y todo.

—¡Ave María Purísima!—exclamó entonces la navarra, riéndose á más no poder.—Por lo visto, esa silla estaba rota...

—¿Qué pasa ahí?—exclamó en esto el tío Lúcas asomando su feo rostro entre los pámpanos de la parra.

El corregidor estaba todavía en el suelo boca arriba, y miraba con un terror indecible á aquel hombre que aparecía en los aires boca abajo.

Parecía el diablo vencido, no por San Miguel, sino por otro demonio del infierno.

—¿Qué ha de pasar?—se apresuró á responder la señá Frasquita.—¡Que el señor corregidor puso la silla en vago, fué á mercerse, y se ha caído...

—¡Jesus, María y José!—exclamó á su vez el molinero.—¿Y se ha hecho daño su señoría? ¿Quiere un poco de agua y vinagre?

—¡No me he hecho nada!—dijo el corregidor, levantándose como pudo.

Y luego añadió por lo bajo, pero de modo que pudiera oirlo la señá Frasquita:

—¡Me la pagareis!

—Pues, en cambio, su señoría me ha salvado á mí la vida,—repuso el tio Lúcas, sin moverse de lo alto de la parra.—Figúrate, mujer, que estaba yo aquí sentado contemplando las uvas, cuando me quedé dormido sobre una red de sarmientos y palos que dejaban claros suficientes para que pasase mi cuerpo... Por consiguiente, si la caída de su señoría no me hubiese despertado tan á tiempo, esta tarde me habria yo roto la cabeza contra esas piedras.

—Conque sí... ¿eh?—replicó el corregidor.—Pues ¡vaña, hombre! me alegro... ¡Te digo que me alegro mucho de haberme caido!—¡Me la pagarás!—agregó en seguida dirigiéndose á la molinera.

Y pronunció estas palabras con tal expresion de reconcentrada furia, que la señá Frasquita se puso triste.

Veía claramente que el corregidor se asustó al principio, creyendo que el molinero lo había oído todo; pero que, persuadido ya de que no había oído nada (pues la calma y el disimulo del tío Lucas hubieran engañado al más lince), empezaba á abandonarse á toda su iracundia y á concebir planes de venganza.

—¡Vamos! ¡Bájate ya de ahí y ayúdame á limpiar á su señoría, que se ha puesto perdido de polvo!—exclamó entónces la molinera.

Y miéntras el tío Lucas bajaba, díjole ella al corregidor, dándole golpes con el delantal en la casaca y alguno que otro en las orejas:

—El pobre no ha oído nada... Estaba dormido como un tronco...

Más que estas frases, la circunstancia de haber sido dichas en voz baja, afectando complicidad y secreto, produjo un efecto maravilloso:

—¡Pícara! ¡Proterva!—balbuceó D. Eugenio de Zúñiga con la boca hecha agua, pero gruñendo todavía...

—¿Me guardará usía rencor?—replicó la navarra zalameramente.

Viendo el corregidor que la severidad le daba buenos resultados, intentó mirar á la señá Frasquita con mucha rabia, pero se encontró con su tentadora risa y sus divinos ojos, en que brillaba la caricia de una súplica, y, derritiéndosele la gacha en el acto, le dijo con un acento baboso, en que se descubría más que nunca la ausencia total de sus dientes y muelas:

—De tí depende, amor mio.

En aquel momento se descolgó de la parra el tío Lúcas.

XII.

Diezmos y primicias.

Repuesto el corregidor en su silla, la molinera dirigió una rápida mirada á su esposo: vióle, no sólo tan sosegado como siempre, sino reventando de ganas de reir por resultas de aquella ocurrencia: cambió con él desde léjos un beso tirado, aprovechando un descuido del corregidor, y dijole, en fin, á éste, con una voz de sirena que le hubiera envidiado Cleopatra:

—¡Ahora va su señoría á probar mis uvas!

Entonces fué de ver á la hermosa navar-

ra (y así la pintaria yo si tuviese el pincel de Ticiano), plantada enfrente del embelesado corregidor, fresca, magnífica, incitante, con sus nobles formas, con su angosto vestido, con su elevada estatura, con sus desnudos brazos levantados sobre la cabeza y con un trasparente racimo en cada mano, diciéndole, entre una sonrisa irresistible y una mirada suplicante en que titilaba el miedo:

—Todavía no las ha probado el señor obispo. Son las primeras que se cogen este año.

Parecia una gigantesca Pomona, brindando frutos á un dios campestre;—á un sátiro, vg.

En esto apareció al extremo de la plazuela empedrada el venerable obispo de la diócesis, acompañado del abogado académico y de dos canónigos de avanzada edad, y seguido de su secretario, de dos familiares y de dos pajes.

Detúvose un rato su ilustrísima á contemplar aquel cuadro tan cómico y tan bello,

hasta que, por último, dijo con el reposado acento propio de los prelados de entónces:

—*El quinto... pagar diezmos y primicias á la Iglesia de Dios*, nos enseña la doctrina cristiana; pero V., señor corregidor, no se contenta con administrar el diezmo, sino que tambien trata de comerse las primicias.

—¡El señor obispo! —exclamaron los molineros, dejando al corregidor y corriendo á besar el anillo del prelado.

—¡Dios se lo pague á su ilustrísima, por venir á honrar esta pobre choza!—dijo el tío Lúcas, besando el primero, y con el acento de una sincera veneracion.

—¡Qué señor obispo tengo tan hermoso!—exclamó la seña Frasquita, besando despues.—¡Dios lo bendiga y me lo conserve más años que le conservó el suyo á mi Lúcas!

—No sé qué falta puedo hacerte, cuando tú me echas las bendiciones en vez de pedírmelas—contestó riéndose el bondadoso pastor.

Y, extendiendo dos dedos, bendijo á la señá Frasquita y despues á los demias circunstancias.

—Aquí tiene usía ilustrísima las primicias—dijo el corregidor, tomando un racimo de manos de la molinera y presentándoselo cortesmente al obispo.—Todavía no habíamos probado las uvas...

El corregidor pronunció estas palabras, dirigiendo de paso una rápida y cínica mirada á la espléndida hermosura de la molinera.

—¡Pues no será porque estén verdes, como las de la fábula! — observó el académico.

—Las de la fábula—expuso el obispo—no estaban verdes, señor licenciado, sino fuera del alcance de la zorra.

Ni el uno ni el otro habia querido acaso aludir al corregidor; pero ambas frases fueron casualmente tan adecuadas á lo que acababa de suceder allí, que D. Eugenio de Zúñiga se puso lívido de cólera, y dijo, besando el anillo del prelado:

—Eso es llamarme zorro, señor ilustrísimo.

—*Tu dixisti*—replicó éste, con la afable severidad de un santo (como diz que lo era en efecto.)—*Excusatio non petita, accusatio manifesta.*—*Qualis vir, talis oratio.*—Pero *satis jam dictum, nullus ultra sit sermo.*—O, lo que es lo mismo, dejémonos de latínes, y veamos estas famosas uvas.

Y picó una sola vez en el racimo que le presentaba el corregidor.

—¡Están muy buenas! — exclamó mirando aquella uva al trasluz y alargándosela en seguida á su secretario.— ¡Lástima que á mí no me sienten bien!

El secretario repitió la acción de su señor, y luego... colocó la uva en la cesta con escrupuloso cuidado.

—Su ilustrísima ayuna—observó en voz baja uno de sus familiares.

El tío Lucas, que habia seguido la uva con la vista, la cogió entónces disimuladamente, y se la comió sin que nadie lo viera.

Después de esto, sentáronse todos: hablóse de la otoñada (que seguía siendo muy seca, á pesar de haber pasado el cordonazo

de San Francisco); discurrióse algo sobre la probabilidad de una nueva guerra entre Napoleon y el Austria; insistióse en la creencia de que las tropas imperiales no invadirían nunca el territorio español; quejóse el abogado de lo revuelto y calamitoso de aquella época, envidiando los tranquilos tiempos de sus padres (como sus padres habrían envidiado los de sus abuelos); dió las cinco el loro..., y, á una seña del señor obispo, el menor de los pajes fué al coche de su ilustrísima, que se habia quedado en la misma ramblilla que el alguacil, y volvió con una magnífica torta sobada, de pan de aceite, polvoreada de sal, que apénas haria una hora habia salido del horno: colocóse una mesilla en medio de los concurrentes; descuartizóse la torta; dióse su parte correspondiente, á pesar de que se resistieron mucho, al tío Lúcas y á la seña Frasquita, y una igualdad verdaderamente democrática reinó durante una hora bajo aquellos pámpanos que filtraban los últimos resplandores de un sol poniente...

XIII.

Le dijo el grajo al cuervo...

Hora y media despues, todos los ilustres compañeros de merienda estaban de vuelta en la ciudad.

El señor obispo y su *familia* habian llegado con bastante anticipacion, gracias al coche, y hallábanse ya *en palacio*, donde los dejaremos rezando sus devociones.

El insigne abogado (que era muy seco) y los dos canónigos (á cual más grueso y más respetable) acompañaron al corregidor hasta la puerta del ayuntamiento (donde dijo que tenia que hacer), y tomaron luego el cami-

no de sus respectivas casas, guiándose por las estrellas como los navegantes, ó sorteando á tientas las esquinas como los ciegos;—pues ya habia cerrado la noche; aún no habia salido la luna, y el alumbrado público (lo mismo que las demas luces de este siglo) estaba todavía allí en la mente divina.

En cambio, no era raro ver discurrir por algunas calles tal ó cual linterna ó farolillo con que respetuoso servidor alumbraba á su amo, que se dirigia á su tertulia ó de visita á casa de sus parientes...

Cerca de casi todas las rejas bajas se veia, ó se olfateaba por mejor decir, un silencioso bulto negro.—Eran novios, que habian suspendido su palique al sentir pasos.

—¡Somos unos calaveras!—iban diciéndose el abogado y los dos canónigos.—¿Qué pensarán en nuestras casas al vernos llegar á estas horas?

—Pues ¿qué dirán los que nos encuentren en la calle, de este modo, á las siete y pico de la noche, como unos bandoleros amparados de las tinieblas?

—Hay que mejorar de conducta...

—¡Ese dichoso molino!...

—Mi mujer lo tiene sentado en la boca del estómago—dijo el académico con un tono en que se traducía el miedo á un próximo regaño.

—¡Pues y mis sobrinas!—exclamó uno de los canónigos, que por señas era penitenciario.—Mis sobrinas dicen que los sacerdotes no deben visitar comadres...

—Sin embargo—interrumpió su compañero, que era magistral:—lo que allí pasa no puede ser más inocente...

—¡Toma! ¡Como que va el mismo señor obispo!

—Y luego, señores, á nuestra edad...—repuso el penitenciario.—Yo he cumplido ayer los setenta y cinco.

—¡Es claro!—replicó el magistral.—Pero hablemos de otra cosa: ¡qué guapa estaba esta tarde la señá Frasquita!

—¡Oh, lo que es eso... ¡Como guapa, es guapa!—dijo el abogado, afectando imparcialidad.

—Muy guapa,—repitió el penitenciario dentro del embozo.

—Y si no—añadió el predicador *de oficio*,—que se lo pregunten al corregidor... Indudablemente está enamorado de ella.

—¡Ya lo creo!—exclamó el confesor de la catedral.

—De seguro — agregó el académico... correspondiente. — Conque, señores : yo corto por aquí para llegar ántes á casa... ¡Muy buenas noches!

— Buenas noches,—le contestaron los dos capitulares.

Y anduvieron algunos pasos en silencio.

—Tambien le gusta á ese la molinera,—murmuró entónces el magistral, dándole con el codo al penitenciario.

—¡Como si lo viera!—respondió éste, parándose á la puerta de su casa.—¡Y qué bruto es!—Conque hasta mañana, compañero.—Que le sienten á V. muy bien las uvas.

—Hasta mañana, si Dios quiere... Que pase V. muy buena noche.

—Buenas noches nos dé Dios,—rezó el

penitenciario, ya desde el portal, que tenia por cierto farol y Virgen.

Y llamó á la aldaba.

Una vez solo en la calle el otro canónigo, (que era más ancho que alto, y que parecia que rodaba al andar), siguió avanzando lentamente hácia su casa; pero, ántes de llegar á ella, infringió contra una pared lo que en el porvenir habia de ser un bando de policía urbana, y díjose al mismo tiempo, pensando sin duda en su cofrade de coro:

—¡Tambien te gusta á tí la señá Frasquista!...—Y la verdad es (añadió al cabo de un momento) que, como guapa, es guapa!

XIV.

Los consejos de Garduña.

Entre tanto, el corregidor habia subido al Ayuntamiento, acompañado de Garduña, con quien mantenía hacia rato, en el salón de sesiones, una conversacion más familiar de lo que debiera un hombre de su calidad y de su oficio.

—Crea usía á un perro perdiguero que conoce la caza, —decía el innoble alguacil.—La señá Frasquista está perdidamente enamorada de usía, y todo lo que usía acaba de contarme me lo hace ver más claro que esa luz.

Y señalaba á un velon de Lucena, que apénas esclarecía un pedazo del salon.

—No estoy yo tan seguro como tú, Garduña,—contestó D. Eugenio suspirando.

—Pues no sé por qué. Y si no, hablemos con franqueza. Usía (dicho sea con perdon) tiene una tacha en su cuerpo... ¿No es verdad?

—¡Bien, sí!—repuso el corregidor;—pero esa tacha la tiene tambien el tio Lúcas. ¡Él es más jorobado que yo!

—¡Mucho más! ¡muchísimo más! ¡sin comparacion de ninguna especie! Pero en cambio (y es á lo que iba), usía tiene una cara de muy buen ver... lo que se llama una bella cara... miéntras que el tio Lúcas se parece al sargento Utrera, que reventó de feo.

El corregidor sonrió con cierta ufanía.

—Además,—prosiguió el alguacil,—la señá Frasquita es capaz de tirarse por una ventana con tal de agarrar el nombramiento de su sobrino...

—Hasta ahí estamos de acuerdo. Ese nombramiento es mi única esperanza.

— Pues manos á la obra, señor. Ya le he dicho á usía mi plan. ¡No hay más que ponerlo en ejecucion esta misma noche!

— ¡Te he dicho que no necesito consejos! — gritó D. Eugenio, acordándose de que tenia la costumbre de enfadarse.

— Creí que usía me los había pedido... — balbuceó Garduña.

— ¡No me repliques!

Garduña saludó.

— ¿Conque decias, — prosiguió el de Zúñiga, — que esta misma noche puede arreglarse todo eso?... Pues, mira, me parece bien. ¡Qué diablos! ¡Así saldré pronto de esta cruel incertidumbre!

Garduña guardó silencio.

El corregidor se dirigió al bufete y escribió algunas líneas en un pliego de papel sellado, que selló tambien por su parte, guardándoselo luego en la faltriquera.

— Ya está hecho el nombramiento del sobrino, — dijo entónces, tomando un polvo de rapé. — Mañana me las compondré yo con

los regidores... y, ó lo ratifican con un acuerdo, ó habrá la de San Quintin! ¿No te parece que hago bien?

—¡Eso, eso!—exclamó Garduña entusiasmado, metiendo la zarpa en la caja del corregidor y arrebatándole un polvo.—¡Eso, eso! El antecesor de usía no se paraba tampoco en barras. Cierta vez...

—¡Déjate de bachillerías! — repuso el corregidor, sacudiéndole una guantada en la ratera mano.—¡Mi antecesor era un bestia, cuando te tuvo de alguacil! Pero vamos á lo que importa. Acabas de decirme que el molino del tio Lúcas pertenece al término del lugarcillo inmediato, y no al de esta poblacion... ¿Estás seguro de ello?

— ¡Segurísimo! La jurisdiccion de la ciudad acaba en la ramblilla donde yo me senté está tarde á esperar que vuestra señoría... ¡Voto á Lucifer! ¡Si yo hubiera estado en su caso!

—¡Basta! —gritó D. Eugenio.— ¡Eres un insolente!

Y cogiendo media cuartilla de papel, es-

cribió una esquila; cerróla, doblándole un pico, y se la entregó á Garduña.

—Ahí tienes— le dijo al mismo tiempo—la carta que me has pedido para el alcalde del lugar. Tú le explicarás de palabra todo lo que tiene que hacer. ¡Ya ves que sigo tu plan al pié de la letra! ¡Desgraciado de tí si me metes en un callejon sin salida!

—No hay cuidado,—contestó Garduña.—El señor Juan Lopez tiene mucho que temer, y en cuanto vea la firma de usía, hará todo lo que yo le mande. ¡Lo ménos le debe mil fanegas de grano al Pósito Real, y otro tanto al Pósito Pio!... Esto último contra toda ley, pues no es ninguna viuda ni ningun labrador pobre para recibir el trigo sin abonar creces ni recargo, sino un jugador, un borracho y un sin vergüenza, muy amigo de faldas, que trae escandalizado el pueblecillo... ¡Y aquel hombre ejerce autoridad! ¡Así anda el mundo!

—¡Te he dicho que calles!... ¡Me estás distraiendo!—bramó el corregidor.—Conque vamos al asunto,—añadió luego, mu-

dando de tono.—Son las siete y cuarto... Lo primero que tienes que hacer es ir á casa y advertirle á la señora que no me espere á cenar ni á dormir. Dile que esta noche me estaré trabajando aquí hasta la hora de la *queda*, y que despues saldré de ronda secreta contigo, á ver si atrapamos á ciertos malhechores... En fin, engáñala bien para que se acueste descuidada. De cámino, dile á otro alguacil que me traiga la cena... Yo no me atrevo á parecer esta noche delante de la señora, pues me conoce tanto, que es capaz de leer en mis pensamientos. Encárgale á la cocinera que ponga unos pestiños de los que se hicieron hoy, y dile al alguacil que, sin que lo vea nadie, me alargue de la taberna medio cuartillo de vino blanco. En seguida te marchas al lugar, donde puedes hallarte muy bien á las ocho y media...

—¡A las ocho en punto estoy allí!—exclamó Garduña.

—¡No me contradigas!—rugió el corregidor, acordándose otra vez de que lo era.

Garduña saludó.

— Hemos dicho, — continuó aquel, tranquilizándose, — que á las ocho en punto estás en el lugar. Del lugar al molino habrá media legua...

— Corta.

— ¡No me interrumpas!

El alguacil volvió á saludar.

— Corta, — prosiguió el corregidor. — Por consiguiente, á las diez... ¿Crees tú que á las diez?...

— Antes de las diez; á las nueve y media puede llamar usía descuidado á la puerta del molino.

— ¡Hombre! ¡No me digas á mí lo que tengo que hacer!... — Por supuesto que tú estarás?...

— Yo estaré en todas partes... Pero mi cuartel general será la ramblilla. ¡Ah! se me olvidaba... Vaya usía á pié, y no lleve linterna...

— ¡Maldita la falta que me hacian tampoco esos consejos! ¿Si creerás tú que es la primera vez que salgo á campaña?

—Perdone usía... ¡Ah! Otra cosa. No llame usía á la puerta grande que da á la plazoleta del emparrado, sino á la puertecilla que hay encima del caz...

—¿Encima del caz hay otra puerta? ¡Mira tú lo que no se me habia ocurrido!

—Sí, señor. La puertecilla del caz da al mismísimo dormitorio de los molineros... y el tio Lúcas no entra ni sale nunca por ella. De forma que, aunque volviese de pronto...

—Comprendo, comprendo... ¡No me aturdas más los oidos!

—Por último. Procure usía escurrir el bulto ántes del amanecer. Ahora amanece á las seis.

—¡Mira otro consejo inútil! A las cinco estaré de vuelta en mi casa... Pero bastante hemos hablado ya... ¡Quítate de mi presencia!

—Pues entónces, señor... ¡Buena suerte!—exclamó el alguacil, alargando la mano al corregidor y mirando al techo al mismo tiempo.

El corregidor dió una peseta á Garduña, y éste desapareció como por ensalmo.

—¡Por vida de!...—murmuró el viejo al cabo de un instante.—¡Se me ha olvidado decirle que me trajeran tambien una baraja! ¡Con ella me hubiera entretenido hasta las nueve y media, viendo si me salia aquel solitario!...

XV.

Despedida en prosa.

Serian las nueve de aquella misma noche cuando el tío Lúcas y la señá Frasquita, terminadas todas las haciendas del molino y de la casa, comiéronse una fuente de ensalada de escarola, una libreja de carne guisada con tomates, y algunas uvas de las que quedaban en la consabida cesta, todo ello rociado con un poco de vino y con grandes risotadas á costa del corregidor; despues de lo cual, miráronse afablemente los dos esposos, como satisfechos de Dios y de sí mismos, y se dijeron, entre un par de bos-

tezos que revelaban toda la paz y tranquilidad de sus corazones:

—Pues, señor, vamos á acostarnos, y mañana será otro día.

En aquel momento oyéronse dos fuertes golpes aplicados á la puerta grande del molino.

El marido y la mujer se miraron sobresaltados.

Era la primera vez que oían llamar á su puerta á semejante hora.

—Voy á ver...—dijo la intrépida navarra, encaminándose hácia la plazoletilla.

—¡Quita! ¡Eso me toca á mí!—exclamó el tío Lúcas con tal dignidad, que la seña Frasquita le cedió el paso.—¡Te he dicho que no salgas!—añadió luego con dureza, viendo que la molinera queria seguirlo.

Esta obedeció, y se quedó dentro de la casa.

—¿Quién es?—preguntó el tío Lúcas desde en medio de la plazoleta.

—¡La justicia!—contestó una voz al otro lado del porton.

—¿Qué justicia?

—La del lugar.—¡Abra V. al señor alcalde!

El tío Lúcas se habia asomado entre tanto por una mirilla muy disimulada que tenia el porton, y reconocido á la luz de la luna al rústico alguacil del lugar inmediato.

—¡Dirás que le abra al borrachon del alguacil!—repuso el molinero, retirando la tranca.

—Es lo mismo—contestó el de afuera,—puesto que traigo una órden escrita de su merced...—Tenga V. muy buenas noches, tío Lúcas—agregó luego entrando, y con voz ménos oficial.

—Dios te guarde, Toñuelo—respondió el murciano.—Veamos qué órden es esa... ¡y bien podia el señor Juan Lopez escoger otra hora más oportuna de dirigirse á los hombres de bien!—Por supuesto, que la culpa será tuya. ¡Como si lo viera, te has estado emborrachando en las huertas del camino!—
¿Quieres un trago?

—No, señor: no hay tiempo para nada.

Tiene V. que seguirme inmediatamente.
Lea V. la órden.

—¿Cómo seguirte?—exclamó el tío Lúcas, penetrando en el molino con el papel en la mano. ¡A ver, Frasquita! ¡alumbra!

La señá Frasquita soltó una cosa que tenía en la mano, y descolgó el candil.

El tío Lúcas miró rápidamente el objeto que había soltado su mujer, y reconoció su bocacha, ó sea un enorme trabuco que calzaba balas de media libra.

El molinero dirigió entónces á la navarra una mirada llena de gratitud y ternura, y le dijo, tomándole la cara:

—¡Cuánto vales!

La señá Frasquita, pálida y serena como una estatua de mármol, levantó el cañdil, cogido con dos dedos, sin que el más leve temblor agitase su pulso, y contestó secamente:

—¡Vaya, lee!

La órden decia así:

«Para el mejor servicio de S. M. el Rey
»Nuestro Señor (Q. D. G.), prevengo á Lú-

»cas Fernandez, molinero, de estos veci-
 »nos, que inmediatamente que reciba la
 »presente orden comparezca ante mi auto-
 »ridad sin excusa ni pretexto alguno; ad-
 »virtiéndole que, por ser asunto reservado,
 »no lo pondrá en conocimiento de nadie,
 »todo ello bajo las penas correspondientes,
 »caso de desobediencia.—El alcalde:

JUAN LOPEZ.»

Y habia una cruz en vez de firma.

—Oye, tú. ¿Y qué es esto?—le preguntó el tío Lucas al alguacil.—¿A qué viene esta orden?

—No lo sé—contestó el rústico; hombre de unos treinta años, cuyo rostro esquinado y avieso, rostro de ladron y de asesino, no daba la mejor idea de su sinceridad.—Creo que se trata de averiguar algo de brujería, ó de moneda falsa... Pero la cosa no va con usted... Lo llaman como testigo, ó como perito... En fin, yo no me he enterado bien... El señor Juan Lopez se lo explicará á V. con más pelos y señales.

—¡Corriente!—exclamó el molinero.—
Dile que iré mañana.

—¡Ca! no, señor... Tiene V. que venirse
ahora mismo, sin perder un minuto... Es
la órden que me ha dado el señor alcalde.

Hubo un instante de silencio.

Los ojos de la señá Frasquita echaban
llamas.

El tío Lúcas no separaba los suyos del
suelo, como si buscara alguna cosa.

—Me concederás cuando ménos—ex-
clamó al fin, levantando la cabeza,—el
tiempo preciso para ir á la cuadra y apare-
jar una burra.

—¡Qué burra ni que demontre!—replicó
el alguacil.—¡Cualquiera se anda media
legua! La noche está muy hermosa, y hace
luna...

—Ya he visto que ha salido... Pero yo
tengo los piés muy hinchados.

—Pues entónces no perdamos tiempo.
Yo le ayudaré á V. á aparejar la bestia.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Temes que me escape?

—Yo no temo nada, tío Lúcas—respon-

dió Toñuelo con la frialdad de un desalmado.—Yo soy la justicia.

Y hablando así, *descansó armas*, dejando ver el retaco que llevaba debajo del capote.

—Puès mira, Toñuelo—dijo la molinera,—ya que vas á la cuadra... á ejercer tu oficio, hazme el favor de aparejar tambien la otra burra.

—¿Para qué?—interrogó el molinero.

—Para mí: yo voy con vosotros.

—No puede ser, señá Frasquita—objetó el alguacil.—Tengo orden de llevarme á su marido de V. nada más y de impedir que V. lo siga. En ello me va el destino y el pesquezo.—Así me lo advirtió el señor Juan Lopez.—Conque... vamos, tío Lúcas.

Y se dirigió hácia la puerta.

—¡Cosa más rara!—tartamudeó el murciano sin moverse.

—¡Muy rara!—contestó la señá Frasquita.

—Esto es algo... que yo me sé...—continuó balbuceando el tío Lúcas, de modo que no podia ser oido por Toñuelo.

—¿Quieres que vaya yo á la ciudad—cuchicheó la navarra,—y le dé aviso al corregidor de lo que nos sucede?...

—¡No!—respondió en alta voz el tío Lucas.

—Pues ¿qué quieres que haga?—dijo la molinera con gran ímpetu.

—Que me mires—respondió el antiguo soldado.

Los dos esposos se miraron en silencio, y quedaron tan satisfechos ambos de la tranquilidad, la resolución y la energía que se comunicaron sus almas, que acabaron por encogerse de hombros y reirse... Después de lo cual el tío Lucas encendió otro candil y se dirigió á la cuadra, diciéndole ántes á Toñuelo con socarronería:

—¡Vaya, hombre! Ven y ayúdame, supuesto que eres tan amable.

Toñuelo lo siguió, canturriando una copla entre dientes.

Pocos minutos después, el tío Lucas salía del molino, caballero en una hermosa jumenta y seguido del alguacil.

La despedida de los esposos habíase reducido á lo siguiente:

—Cierra bien—dijo el tío Lucas.

—Embózate, que hace fresco—dijo la señá Frasquita, cerrando con llave, tranca y cerrojo.

Y no hubo más adios, ni más beso, ni más abrazo, ni más mirada.

¿Para qué?

XVI.

Un ave de mal agüero.

Sigamos por nuestra parte al tío Lúcas.

Ya habian andado un cuarto de legua sin hablar palabra, el molinero subido en la borrica y el alguacil arreándola con su baston de autoridad, cuando divisaron delante de sí, en lo alto de un repecho que hacia el camino, la sombra de un enorme pajarraco que se dirigia hácia ellos.

Aquella sombra se destacó enérgicamente sobre el cielo, esclarecido por la luna; dibujándose en él con tanta precision, que el molinero exclamó en el acto:

—Toñuelo, ¡aquel es Garduña, con su sombrero de tres picos y sus patas de alambre!

Mas ántes de que contestara el interpe-lado, la sombra, deseosa sin duda de eludir aquel encuentro, habia dejado el camino y echado á correr á campo travieso con la velocidad de un ave nocturna.

—No veo á nadie—respondió entón-ces Toñuelo con la mayor naturalidad.

—Ni yo tampoco—replicó el tio Lúcas, comiéndose la partida.

Y la sospecha que ya se le ocurrió en el molino principió á adquirir cuerpo y con-sistencia en el espíritu receloso del joro-bado.

—Este viaje mio—dijose interiormen-te.—es una estratagema amorosa del corre-gidor. La declaracion que le oí esta tarde desde lo alto del emparrado me demuestra que el vejete madrileño no puede esperar más. Indudablemente, esta noche va á vol-ver de visita al molino, y por eso ha prin-cipiado quitándome de en medio. Pero ¿qué

importa? Frasquita es Frasquita... y no abrirá la puerta aunque le peguen fuego á la casa... Digo más; aunque la abriese, aunque el corregidor lograse, por medio de cualquier ardid, sorprender á mi navarra, el pobre hombre saldria con las manos en la cabeza. ¡Frasquita es Frasquita!—Sin embargo—añadió al cabo de un momento,— ¡bueno será volverme esta noche á casa lo más temprano que me sea posible!

Llegaron con esto al lugar el tío Lucas y el alguacil, y dirigieronse á casa del señor alcalde.

XVII.

Un alcalde de monterilla.

El Sr. Juan Lopez, que como particular y como alcalde era la tiranía, la ferocidad y el orgullo personificados (cuando trataba con los inferiores), dignábase, sin embargo, á aquellas horas, despues de despachar los asuntos oficiales y los de su labranza, y de pegarle á su mujer la cotidiana paliza, beberse un cántaro de vino en compañía del secretario y del sacristan, operacion que iba más de mediada aquella noche cuando el molinero compareció en su presencia.

—¡Hola, tio Lúcas!—le dijo, rascándose

la cabeza para excitar en ella la vena de los embustes.—¿Cómo va de salud? ¡A ver, secretario, échele V. un vaso de vino al tío Lucas! ¿Y la señá Frasquita? ¿Se conserva tan guapa? ¡Ya hace mucho tiempo que no la he visto! Pero, hombre... ¡Qué bien sale ahora la molienda! ¡El pan de centeno parece de trigo candeal!... Conque... vaya... Siéntese V. y descanse, que, gracias á Dios, no tenemos prisa.

—¡Por mi parte, maldita aquella!—contestó el tío Lucas, que hasta entónces no habia despegado los labios, pero cuyas sospechas eran cada vez mayores al ver el amistoso recibimiento que se le hacia despues de una órden tan terrible y apremiante.

—Pues entónces, tío Lucas—continuó el alcalde,—supuesto que no tiene V. gran prisa, dormiré V. acá esta noche, y mañana temprano despacharemos nuestro asuntillo...

—Me parece bien—respondió el tío Lucas con un disimulo que no tenia nada que envidiar á la diplomacia del Sr. Juan Lo-

pez.—Supuesto que la cosa no es urgente... me quedo.

—Ni urgente, ni de peligro para V.—añadió el alcalde, engañado por aquel á quien creia engañar.—Puede V. estar tranquilo. Oye tú, Toñuelo... Alarga esa media fanega para que se siente el tío Lúcas.

—Entónces... ¡venga otro trago!—exclamó el molinero, sentándose.

—¡Venga de ahí!—repuso el alcalde, alargándole el vaso lleno.

—Está en buena mano. Médielo V.

—¡Pues, por su salud!—dijo el señor Juan Lopez, bebiéndose la mitad del vino.

—¡Por la de V., señor alcalde!—replicó el tío Lúcas, apurando la otra mitad.

—¡A ver, Manuela!—gritó entónces el alcalde de monterilla.—Dile á tu ama que el tío Lúcas se queda á dormir aquí. Que le ponga una cabecera en el granero.

—¡Ca! no... ¡De ningun modo! Yo duermo en el pajar como un rey.

—Mire V. que tenemos cabeceras...

—¡Ya lo creo! Pero ¿á qué quiere V.

incomodar á la familia? Yo traigo mi capote...

—Pues señor, como V. guste. ¡Manuela! dile á tu ama que no la ponga.

—Lo que sí va V. á permitirme,— continuó el tío Lúcas, bostezando de un modo atroz,—es que me acueste en seguida. Anoche he tenido mucha molienda, y no he pegado todavía los ojos...

—Concedido, — respondió majestuosamente el alcalde.—Se puede V. recoger cuando quiera.

—Creo que también es hora de que nos recojamos nosotros,— dijo el sacristan, asomándose al cántaro de vino para graduar lo que quedaba.—Ya deben de ser las diez... ó poco ménos.

—Las diez ménos cuartillo,—notificó el secretario, echando en los vasos el resto del vino correspondiente á aquella noche.

—¡Pues á dormir, caballeros!—exclamó el anfitrión, apurando su parte.

—Hasta mañana, señores,—añadió el molinero, bebiéndose la suya.

—Espere V. que le alumbren... ¡Toñuelo! Lleva al tío Lúcas al pajar.

—¡Por aquí, tío Lúcas!...—dijo Toñuelo, llevándose el cántaro por si le quedaban algunas gotas.

—Hasta mañana, si Dios quiere,—agregó el sacristan, despues de escurrir todos los vasos.

Y se marchó tambaleándose, y cantando alegremente el *De profundis*.

.....

—Pues señor,—díjole el alcalde al secretario cuando se quedaron solos.—El tío Lúcas no ha sospechado nada. Nos podemos acostar descansadamente, y ¡buena pró le haga al corregidor!

XVIII.

Donde se verá que el tío Lucas tenía el sueño muy ligero.

Cinco minutos despues, un hombre se descolgaba por la ventana del pajar del señor alcalde; ventana que daba á un corralon, y que no distaria cuatro varas del suelo.

En el corralon habia un cobertizo sobre una gran pesebrera, á la cual estaban atadas seis ú ocho caballerías de diferente alcurnia.

El hombre desató una borrica, que por cierto estaba aparejada, y se encaminó, llevándola del diestro, hácia la puerta del cor-

ral; retiró la tranca y desechó el cerrojo que la aseguraban; abrióla con mucho tiento, y se encontró en medio del campo.

Una vez allí, montó en la borrica, metióle los talones, y salió como una flecha con direccion á la ciudad; mas no por el carril ordinario, sino atravesando siembras y cañadas...

Era el tio Lucas, que se dirigia á su molino.

XIX.

Voces clamantes in deserto.

—¡Alcaldes á mí que soy de Archena!— iba diciéndose el murciano.—Mañana por la mañana pasaré á ver al señor obispo, como medida preventiva, y le contaré todo lo que me ha ocurrido esta noche. ¡Llamarme con tanta prisa y con tanta reserva á las nueve de la noche; decirme que vaya solo; hablarme del servicio del Rey, y de moneda falsa, y de brujas, y de duendes, para echarme luego dos vasos de vino y mandarme á dormir!... ¡La cosa no puede ser más clara! Garduña trajo al lugar esas ins-

trucciones de parte del corregidor, y esta es la hora en que el corregidor estará ya en campaña contra mi mujer... ¡Quién sabe si me lo encontraré llamando á la puerta del molino! ¡Quién sabe si me lo encontraré ya dentro!... ¡Quién sabe!... Pero ¿qué voy á decir? ¡Dudar de mi navarra!... ¡Oh, esto es ofender á Dios! ¡Imposible que ella!... ¡Imposible que mi Frasquita!... ¡Imposible!... Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Acaso hay algo imposible en el mundo? ¿No se casó conmigo, siendo ella tan hermosa y yo tan feo?

Y al hacer esta última reflexion, el pobre jorobado se echó á llorar...

Entónces paró la burra para serenarse; se enjugó las lágrimas; suspiró hondamente; sacó los avios de fumar; picó y lió un cigarro de tabaco negro; empuñó luego pedernal, yesca y eslabon, y al cabo de algunos golpes, consiguió encender candela.

En aquel mismo momento sintió rumor de pasos hácia el camino (que distaria de allí unas trescientas varas).

—¡Qué imprudente soy!—dijo.—¡Si me andarán ya buscando y yo me habré vendido al echar estas yescas!

Escondió, pues, la lumbre, y se apeó, ocultándose detrás de la borrica.

Pero la borrica entendió las cosas de diferente modo, y lanzó un rebuzno de satisfacción.

—¡Maldita seas!—exclamó el tío Lucas, tratando de cerrarle la boca con las manos.

Al propio tiempo resonó otro rebuzno en el camino, por vía de galante respuesta.

—¡Estamos aviados! — prosiguió pensando el molinero.—¡Bien dice el refran: el mayor mal de los males es tratar con animales!

Y así diciendo, volvió á montar, arreó la bestia y salió disparado en direccion contraria al sitio en que habia sonado el ségundo rebuzno.

Y lo más particular fué que la persona que iba en el jumento interlocutor debió de asustarse tanto del tío Lucas, como el tío Lucas se había asustado de ella, pues apar-

tóse tambien del camino y salió á escape por los sembrados de la otra banda.

Notólo el murciano, y tranquilo ya por aquella parte, continuó discurriendo de este modo :

— ¡Qué noche! ¡Qué mundo! ¡Qué vida la mia desde hace una hora! ¡Alguaciles metidos á alcahuetes; alcaldes que conspiran contra mi honra; burros que rebuznan cuando no es menester, y aquí, en mi pecho, un miserable corazon que se ha atrevido á dudar de la mujer más noble que Dios ha criado! ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! ¡Haz que llegue pronto á mi casa y que encuentre allí á mi Frasquita!

Siguió caminando el tio Lúcas, atravesando siembras y matorrales, hasta que al fin, á eso de las once de la noche, llegó sin novedad á la puerta grande del molino.

¡Condenacion! ¡La puerta del molino estaba abierta!

XX.

La duda y la realidad.

¡Estaba abierta... y él, al marcharse, había oído á su mujer cerrarla con llave, tranca y cerrojò!

Por consiguiente, su mujer la había abierto sin duda alguna.

¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿De resultas de un engaño? ¿A consecuencia de una orden? ¿O bien deliberada y voluntariamente, en virtud de prévio acuerdo con el corregidor.

¿Qué iba á ver? ¿Qué iba á saber? ¿Qué le aguardaba dentro de su casa? ¿Se habría

fugado la seña Frasquita? ¿Se la habrían robado? ¿Estaría muerta, ó estaría en brazos de su rival?

—El corregidor contaba con que yo no podría venir en toda la noche,—se dijo lúgubrementemente.—El alcalde del lugar tendría orden hasta de encadenarme si yo me hubiese empeñado en volver... ¿Sabía todo esto Frasquita? ¿Estaba en el complot? ¿O ha sido víctima de un engaño, de una violencia, de una infamia?

No empleó más tiempo el sin ventura en hacer todas estas crueles reflexiones que el que tardó en atravesar la plazoletilla del emparrado.

Tambien estaba abierta la puerta de la casa, cuyo primer aposento, como en todas las viviendas rústicas, era la cocina.

Dentro de la cocina no habia nadie.

Sin embargo, una enorme fogata ardía en la chimenea... ¡chimenea que él dejó apagada, y que no se encendía nunca hasta el mes de Diciembre!

Por último, de uno de los ganchos de

la espetera pendía un candil encendido...

¿Qué significaba todo aquello? ¿Y cómo se compadecía semejante aparato de vigilia y de sociedad con el silencio de muerte que reinaba en la casa?

¿Qué había sido de su mujer?

Entonces, y sólo entonces, reparó el tío Lúcas en unas ropas que había colgadas en los espaldares de dos ó tres sillas puestas alrededor de la chimenea...

Fijó la vista en aquellas ropas, y lanzó un rugido tan intenso, que se le quedó atrevesado en la garganta, convertido en un sollozo mudo y sofocante.

Crejó el infortunado que se ahogaba, y se llevó las manos al cuello; miéntras que, lívido, convulso, con los ojos desencajados, contemplaba aquella vestimenta, poseido de tanto horror como el reo en capilla á quien le presentan la hopa.

Porque lo que allí veía era la capa de grana, el sombrero de tres picos, la casaca y la chupa de color de tórtola, el calzon de seda negra, las medias blancas, los zapatos

con hebilla, y hasta el baston, el espadin y los guantes del execrable corregidor!... Lo que allí veia era la hopa de su ignominia, la mortaja de su honra, el sudario de su ventura.

El terrible trabuco seguia en el rincon en que dos horas ántes lo dejó la navarra...

El tio Lúcas dió un salto de tigre y se apoderó de él. Sondeó el cañon con la baqueta, y vió que estaba cargado. Miró la piedra, y halló que estaba en su lugar.

Volvióse entónces hácia la escalera que conducia á la cámara en que habia dormido tantos años con la señá Frasquita, y murmuró sordamente:

—¡Allí están!

Avanzó, pues, un paso en aquella direccion; pero en seguida se detuvo para mirar en torno de sí y ver si álguien lo estaba observando....

—¡Nadie! — dijo mentalmente. — ¡Sólo Dios!... y ese... ha querido esto!

Confirmada así la sentencia, fué á dar otro paso, cuando su errante mirada distinguió un pliego que habia sobre la mesa...

Verlo, y haber caído sobre él, y tenerlo entre sus garras, fué todo cosa de un segundo.

Aquel papel era el nombramiento del sobrino de la señá Frasquita, firmado por don Eugenio de Zúñiga y Ponce de Leon.

—¡Este ha sido el precio de la venta!— pensó el tío Lucas, metiéndose el papel en la boca para sofocar sus gritos y dar alimento á su rabia.—¡Siempre recelé que quisiera á su familia más que á mí!... ¡Ah! ¡No hemos tenido hijos!... ¡He aquí la causa de todo!

Y el infortunado estuvo á punto de volver á llorar.

Pero luego se enfureció nuevamente, y dijo con un ademan terrible, ya que no con la voz:

—¡Arriba! ¡Arriba!

Y empezó á subir la escalera andando á gatas con una mano, llevando el trabuco en la otra, y con el papel infame entre los dientes.

En corroboracion de sus naturales sospe-

chas, al llegar á la puerta del dormitorio (que estaba cerrada), vió que salían algunos rayos de luz por las junturas de las tablas y por el ojo de la llave.

—¡Aquí están!—volvió á decir.

Y se paró un instante, como para pasar aquel nuevo trago de amargura.

Luego continuó subiendo... hasta llegar á la misma puerta del dormitorio.

Dentro de él no se oía el más leve ruido.

—¡Si no hubiera nadie!—le dijo tímidamente la esperanza.

Pero en aquel mismo instante el infeliz oyó toser dentro del cuarto.

Era la tos medio asmática del corregidor.

¡No habia duda posible! ¡No habia tabla de salvacion en aquel naufragio!

El molinero sonrió en las tinieblas de un modo horroroso.—¿Cómo no brillan en la oscuridad semejantes relámpagos? ¿Qué es todo el fuego de las tormentas, comparado con el que arde á veces en el corazon del hombre?

Sin embargo, el tio .Lúcas (tal era su

alma, segun dijimos ya en otro lugar) principi6 á tranquilizarse no bien oy6 la tos de su enemigo...

La realidad le hacia m6nos da1o que la duda.

Segun le anunci6 6l mismo aquella tarde 6 la se1a Frasquita, desde el punto y hora en que perdia la 6nica fe que era vida de su alma, empezaba 6 convertirse en otro hombre nuevo.

Semejante al moro de Venecia (con quien ya lo comparamos al describir su car6cter), el desenga1o mataba en 6l de un solo golpe todo el amor, trasfigurando de paso la naturaleza de su esp6ritu y haci6ndole ver el mundo como una region extra1a 6 que acabara de llegar. La 6nica diferencia consistia en que el tio L6cas era por idiosincrasia m6nos tr6gico, m6nos austero y m6s egoista que el insensato sacrificador de Desd6mona.

¡Cosa rara; pero propia de tales situaciones! La duda, 6 sea la esperanza (que para el caso es lo mismo), volvi6 todav6a 6 mortificarlo un momento...

—¿Si me hubiera equivocado?—pensó.—
¡Si la tos hubiese sido de Frasquita!...

En la tribulacion de su infortunio olvidábasele ya al cuitado que habia visto las ropas del corregidor cerca de la chimenea; que habia encontrado abierta la puerta del molino; que habia leído la credencial de su infamia...

Agachóse, pues, y miró por el ojo de la llave, temblando de incertidumbre y de zozobra.

El rayo visual no alcanzaba á descubrir más que un pequeño triángulo de cama, por la parte del cabecero... ¡pero precisamente en aquel pequeño triángulo se veia el extremo de las almohadas, y sobre las almohadas la cabeza del corregidor!

Otra risa diabólica contrajo el rostro del molinero.

Dijérase que volvía á ser feliz.

—¡Soy dueño de la verdad!—murmuró, irguiéndose tranquilamente.

Y volvió á bajar la escalera con el mismo tiento que empleó para subirla...

—El asunto es delicado... Necesito reflexionar. Tengo tiempo para todo...—iba pensando miétras bajaba.

Llegado que hubo á la cocina, sentóse en medio de ella, y ocultó la frente entre las manos.

Así permaneció mucho tiempo, hasta que lo despertó de su cavilacion un leve golpe que sintió en un pié...

Era el trabuco, que se habia deslizado de sus rodillas, y que le hacia aquella especie de seña...

—¡No! ¡Te digo que no!—murmuró el tío Lúcas, encarándose con el arma.—No me convienes. Todo el mundo tendria lástima de *ellos*... y á mí me ahorcarian! ¡Se trata de un corregidor... y matar á un corregidor es todavía en España cosa indisculpable! ¡Dirian que lo maté por infundados celos, y que luego lo desnudé y lo metí en mi cama!... Dirian, además, que maté á mi mujer por simples sospechas... ¡Y me ahorcarian! Además, yo habria dado muestras de tener muy poca alma, muy poco talento, si

al remate de mi vida fuera digno de compasión! ¡Todos se reirian de mí! ¡Dirian que mi desventura era muy natural, siendo yo jorobado y Frasquita tan hermosa! ¡Nada! ¡no! Lo que yo necesito es vengarme; y despues de vengarme, triunfar, despreciar, reir, reirme mucho, reirme de todos... evitando por tal medio que nadie pueda reirse nunca de esta jiba que yo he llegado á hacer hasta envidiable, y que tan grotesca seria en una horca!

Así discurrió el tio Lúcas, tal vez sin darse cuenta de ello puntualmente, y, en virtud de semejante discurso, colocó el arma en su sitio, y principió á pasearse con los brazos atrás y la cabeza baja, como buscando su venganza en el suelo, en la tierra, en las ruindades de la vida, en alguna estratagema vulgar y bufona que dejase en completo ridículo á su mujer y al corregidor, en vez de buscar aquella misma venganza en la muerte, en la justicia, en el honor, en el cadalso, en el cielo... como hubiera hecho en su lugar cualquier otro hom-

bre de condición ménos rebelde que la suya á toda imposición de la naturaleza, de la sociedad ó de sus propios sentimientos.

En tal estado, paráronse sus ojos en la vestimenta del corregidor...

Luego se paró él mismo...

Después fué iluminándose poco á poco su semblante de una alegría, de un gozo, de un triunfo indefinibles... hasta que por último se echó á reír de una manera formidable... esto es, á grandes carcajadas, pero sin hacer ningun ruido (á fin de que no lo oyesen desde arriba), metiéndose los puños por los ijares para no reventar, estremeciéndose todo como un epiléptico, y teniendo que concluir por dejarse caer en una silla hasta que le pasó aquella convulsion de sarcástico regocijo.—Era la propia risa de Mephistópheles.

Nó bien se sōsegó, principiό á desnudarse con una celeridad febril: colocó toda su ropa en las mismas sillas que ocupaba la del corregidor: púsose cuantas prendas pertenecian á éste, desde los zapatos de hebilla hasta el

paraje, allí muy próximo, por donde corría el agua del caz.

—¡Socorro! ¡que me ahogo! ¡Frasquita!... ¡Frasquita!...—clamaba una voz de hombre, con todo el acento de la desesperación.

—¿Si será Lucas?—pensó la navarra, llena de un terror que no necesitamos describir.

En el mismo dormitorio había una puercecilla, de que ya nos habló Garduña, y que daba efectivamente sobre la parte alta del caz.—Abrióla sin vacilación la señá Frasquita, per más que no hubiera reconocido la voz que pedía auxilio, y encontróse de manos á boca con el corregidor, que en aquel momento salía, todo chorreando, de la impetuosísima acequia...

—¡Dios me perdone! ¡Dios me perdone!—balbuceaba el infame viejo.—¡Creí que me ahogaba!

—¿Cómo? ¿Es V.? ¿Qué significa? ¿Cómo se atreve?...¿A qué viene V. á estas horas?...—gritó la molinera con más indignación

que espanto, pero retrocediendo maquinalmente.

—¡Calla! ¡calla, mujer!—tartamudeó el corregidor, colándose en el aposento detrás de ella.—Yo te lo diré todo... ¡He estado para ahogarme! ¡El agua me llevaba ya como una pluma! ¡Mira! ¡mira cómo me he puesto!

—¡Fuera! ¡fuera de aquí!—replicó la señá Frasquita con mayor violencia.—¡No tiene V. nada que explicarme!... ¡Demasiado lo comprendo todo! ¿Qué me importa á mí que V. se ahogue? ¿Lo he llamado yo á V.? ¡Ah! ¡Qué infamia! ¡Para esto ha mandado V. prender á mi marido!

—Mujer, escucha...

—¡No escucho! ¡Márchese V. inmediatamente, señor corregidor!... ¡Márchese V., ó no respondo de su vida!...

—¿Qué dices?

—¡Lo que V. oye! Mi marido no está en mi casa; pero yo me basto en ella para hacerla respetar... ¡Márchese V. por donde ha venido, si no quiere que yo lo arroje otra vez al agua con mis propias manos!

paraje, allí muy próximo, por donde corría el agua del caz.

—¡Socorro! ¡que me ahogo! ¡Frasquita!... ¡Frasquita!...—clamaba una voz de hombre, con todo el acento de la desesperación.

—¿Si será Lucas?—pensó la navarra, llena de un terror que no necesitamos describir.

En el mismo dormitorio había una puercecilla, de que ya nos habló Garduña, y que daba efectivamente sobre la parte alta del caz.—Abrióla sin vacilación la señá Frasquita, per más que no hubiera reconocido la voz que pedía auxilio, y encontróse de manos á boca con el corregidor, que en aquel momento salía, todo chorreando, de la impetuosísima acequia...

—¡Dios me perdone! ¡Dios me perdone!—balbuceaba el infame viejo.—¡Creí que me ahogaba!

—¿Cómo? ¿Es V.? ¿Qué significa? ¿Cómo se atreve?...¿A qué viene V. á estas horas?...—gritó la molinera con más indignación

que espanto, pero retrocediendo maquinalmente.

—¡Calla! ¡calla, mujer!—tartamudeó el corregidor, colándose en el aposento detrás de ella.—Yo te lo diré todo... ¡He estado para ahogarme! ¡El agua me llevaba ya como una pluma! ¡Mira! ¡mira cómo me he puesto!

—¡Fuera! ¡fuera de aquí!—replicó la señá Frasquita con mayor violencia.—¡No tiene V. nada que explicarme!... ¡Demasiado lo comprendo todo! ¿Qué me importa á mí que V. se ahogue? ¿Lo he llamado yo á V.? ¡Ah! ¡Qué infamia! ¡Para esto ha mandado V. prender á mi marido!

—Mujer, escucha...

—¡No escucho! ¡Márchese V. inmediatamente, señor corregidor!... ¡Márchese V., ó no respondo de su vida!...

—¿Qué dices?

—¡Lo que V. oye! Mi marido no está en mi casa; pero yo me basto en ella para hacerla respetar... ¡Márchese V. por donde ha venido, si no quiere que yo lo arroje otra vez al agua con mis propias manos!

— ¡Chica! ¡chica! no grites tanto, que no soy sordo—exclamó el viejo libertino.— Cuando yo estoy aquí, por algo será... Yo vengo á libertar al tío Lucas, á quien ha preso por equivocacion un alcalde de monterilla...—Pero ante todo, necesito que me seques estas ropas... ¡Estoy calado hasta los huesos!

— ¡Le digo á V. que se marche!

— Calla, tonta... ¿Qué sabes tú? Mira... aquí te traigo el nombramiento de tu sobrino...—Enciende la lumbre, y hablaremos... Mientras se seca la ropa, yo me acostaré en esta cama...

— ¡Ah! ¡ya! ¿Conque declara V. que venia por mí? ¿Conque declara V. que para eso ha mandado arrestar á mi Lucas? ¿Conque traia V. su nombramiento y todo? ¡Santos y Santas del cielo! ¿Qué se habrá figurado de mí este mamarracho?

— ¡Frasquita! ¡Soy el corregidor!

— ¡Aunque fuera V. el rey! á mí, ¿qué? ¡Yo soy la mujer de mi marido, y el ama de mi casa! ¿Cree V. que yo me asusto de

los corregidores? Yo sé ir á Granada, y á Madrid, y al fin del mundo, á pedir justicia contra el viejo insolente que así arrastra su autoridad por los suelos! Y sobre todo: yo sabré mañana ponerme la mantilla. é ir á ver á la señora corregidora...

—¡No harás nada de eso!—repuso el corregidor, perdiendo la paciencia, ó mudando de táctica.—No harás nada de eso; porque yo te pegaré un tiro, si veo que no entiendes de razones...

—¡Un tiro!—exclamó la señá Frasquita con voz sorda...

—Un tiro, sí. Y de ello no me resultará perjuicio alguno. Casualmente he dejado dicho en la ciudad que salía esta noche á caza de criminales...—Conque no seas necia... y quiéreme... como yo te adoro.

—Señor corregidor: ¿un tiro?—volvió á decir la navarra, echando los brazos atrás y el cuerpo hácia adelante, como para lanzarse sobre su adversario.

—Si te empeñas, te lo pegaré. y así me veré libre de tus amenazas y de tu hermo-

sura...—respondió el corregidor, lleno de miedo y sacando un par de cachorrillos.

—¿Conque pistolas tambien? ¡Y en la otra faltriquera el nombramiento de mi sobrino!—dijo la señá Frasquita, moviendo la cabeza de arriba á abajo.—Pues, señor, la eleccion no es dudosa.—Espere usía un momento, que voy á encender la lumbre.

Y así hablando, se dirigió rápidamente á la escalera, y la bajó en tres brincos.

El corregidor cogió la luz y salió detrás de la molinera, temiendo que se escapara; pero tuvo que bajar mucho más despacio, de cuyas resultas, cuando llegó á la cocina, tropezó con la navarra, que volvía ya en su busca.

—¿Conque decia V. que me iba á pegar un tiro?—exclamó aquella indomable mujer dando un paso atrás.—Pues, ¡en guardia, caballero, que yo ya lo estoy!

Dijo, y se echó á la cara el formidable trabuco que tanto papel representa en esta historia.

—¡Detente, desgraciada! ¿Qué vas á ha-

cer?—gritó el corregidor, muerto de susto.—Lo de mi tiro era una broma... Mira... los cachorrillos están descargados... En cambio, es verdad lo del nombramiento... Aquí lo tienes... Tómallo... De balde...

Y lo colocó temblando sobre la mesa.

—Ahí está bien,—repuso la navarra.—Mañana me servirá para encender la lumbre cuando le guise el almuerzo á mi marido. Lo que es de V. no quiero ya ni la gloria; y si mi sobrino viniese alguna vez de Estella, seria para pisotearle á V. la fea mano con que ha escrito su nombre en ese papel indecente! ¡Ea, lo dicho! ¡Márchese V. de mi casa! ¡Aire, aire! ¡Pronto!... ¡Que ya se me sube la pólvora á la cabeza!

El corregidor no contestó á este discurso. Habíase puesto lívido, casi azul; tenia los ojos torcidos, y un temblor, como de terciana, agitaba todo su cuerpo. Por último, principió á castañetear los dientes, y cayó al suelo, presa de una convulsion espantosa.

El susto del caz, lo muy mojado de todas sus ropas, la violenta escena del dormitorio,

y el miedo al trabuco con que le apuntaba la navarra, habian agotado las fuerzas del enfermizo anciano.

—¡Me muero!—balbuceó.—Llama á Garduña... llama á Garduña, que estará ahí... en la ramblilla... Yo no debo morirme aquí...

No pudo continuar. Cerró los ojos, y se quedó como muerto.

—¡Y se morirá como lo dice!—prorumpió la señá Frasquita.—¡Pues esta es la más negra! ¿Qué hago yo ahora con este hombre en mi casa? ¿Qué dirian de mí si se muriera? ¿Qué diria Lucas?... ¿Cómo podria justificarme, cuando yo misma le he abierto la puerta? ¡Oh! no... Yo no debo quedarme aquí con él. ¡Yo debo buscar á mi marido, yo debo escandalizar el mundo ántes que comprometer mi honra!

Tomada ésta resolucion, soltó el trabuco, fuése al corral, cogió la burra que quedaba en él, la aparejó de cualquier modo, abrió la puerta grande de la cerca, montó de un salto, á pesar de sus carnes, y se dirigió á la ramblilla.

—¡Garduña, Garduña!—iba gritando la navarra conforme se acercaba á aquel sitio.

—¡Presente!—respondió al cabo el alguacil, apareciendo detrás de un seto.—
¿Es V., señá Frasquita?

—Sí, yo soy. Vé al molino y socorre á tu amo, que se está muriendo.

—¿Qué dice V.?

—Lo que oyes...

—¿Y V.? ¿á dónde va á estas horas?

—¿Yo? Yo voy... á la ciudad por un médico,—contestó la señá Frasquita arreando la burra.

Y tomó el camino del lugar... y no el de la ciudad, como acababa de decir.

Garduña no reparó en esta última circunstancia; pues ya iba dando zancajadas hácia el molino y discurriendo al par de esta manera:

—¡La infeliz no puede hacer más!... Pero él es un pobre hombre... ¡Vaya una ocasion de ponerse malo!... ¡Dios le da confites á quien no puede roerlos!

XXII.

Garduña se multiplica.

Cuando Garduña llegó al molino, el corregidor principiaba á volver en sí, procurando levantarse del suelo.

En el suelo tambien, y á su lado, estaba el velon encendido que bajó el corregidor del dormitorio.

—¿Se ha marchado ya?—fué la primera frase del corregidor.

—¿Quién?

—¡El demonio!... Quiero decir, la molinera...

—Sí, señor... Ya se ha marchado... y no creo que iba de muy buen humor.

—¡Ay, Garduña! me estoy muriendo...

—¿Pero qué tiene usía? ¡Por vida de los hombres!

—Me he caído en el caz, y estoy hecho una sopa... Los huesos se me parten de frío.

—¡Toma, toma! ¡ahora salimos con eso!

—Garduña... ve lo que te dices!...

—Yo no digo nada, señor...

—Pues bien, sácame de este apuro...

—Voy volando... Verá usía qué pronto lo arreglo todo.

Así dijo el alguacil, y, en un periquete, cogió la luz con una mano, y con la otra se metió al corregidor debajo del brazo; subiolo al dormitorio; púsolo en cueros; acostólo en la cama; corrió al jaraiz; reunió un brazado de leña; fué á la cocina; hizo una gran lumbré; bajó todas las ropas de su amo; colócalas en los espaldares de dos ó tres sillas; encendió un candil; lo colgó de la espetera, y tornó á subir á la cámara.

—¿Qué tal vamos?—preguntóle entónces á D. Eugenio, levantando en alto el velon para verle bien el rostro.

—Admirablemente. Conozco que voy á sudar... ¡Mañana te ahorco, Garduña!...

—¿Por qué, señor?

—¿Y te atreves á preguntármelo? ¿Crees tú que, al seguir el plan que me trazaste, esperaba yo acostarme solo en esta cama, despues de recibir por segunda vez el sacramento del bautismo? ¡Mañana mismo te ahorco!

—Pero cuénteme usía algo... ¿La señá Frasquita?...

—La señá Frasquita ha querido asesinar-me. ¡Es todo lo que he logrado con tus consejos! Te digo que te ahorco mañana por la mañana.

—Algo ménos será, señor corregidor, — repuso el alguacil.

—¿Por qué lo dices, insolente? ¿Porque me ves aquí postrado?

—No, señor. Lo digo porque la señá Frasquita no ha debido de mostrarse tan inhumana como usía cuenta, cuando ha ido á la ciudad á buscarle un médico...

—¡Dios santo! ¿Estás seguro de que ha

ido á la ciudad?—exclamó D. Eugenio, más aterrado que nunca.

—A lo ménos, eso me ha dicho ella...

—¡Corre, corre, Garduña! ¡Ah, estoy perdido sin remedio! ¿Sabes á qué va la seña Frasquita á la ciudad? ¡A contárselo todo á mi mujer!... ¡A decirle que estoy aquí! ¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¿Cómo habia yo de figurarme esto? ¡Yo creí que se habria ido al lugar en busca de su marido; y, como lo tengo allí á buen recaudo, nada me importaba su viaje! ¡Pero irsē á la ciudad!!... ¡Garduña, corre, corre... tú que eres andarin, y evita mi perdicion! ¡Evita que la terrible molinera éntre en mi casa!

—¿Y no me ahorcará usía si lo consigo?—preguntó el alguacil.

—¡Al contrario! Te regalaré unos zapatos en buen uso, que me están grandes. ¡Te regalaré todo lo que quieras!

—Pues voy volando. Duérmase usía tranquilo. Dentro de media hora estoy aquí de vuelta, despues de dejar en la cárcel á

la navarra. ¡Para algo soy más ligero que una borrica!

Dijo Garduña, y desapareció por la escalera abajo.

Se cae de su peso que durante aquella ausencia del alguacil fué cuando el molinero estuvo en el molino y vió visiones por el ojo de la llave.

Dejemos, pues, al corregidor sudando en el lecho ajeno, y á Garduña corriendo hácia lá ciudad (adonde tan pronto habia de seguirlo el tio Lúcas con sombrero de tres picos y capa de grana), y, convertidos tambien nosotros en andarines, volemós con direccíon al lugar, en seguimíento de la valerosá señá Frasquita.

XXIII.

Otra vez el desierto y las consabidas voces.

La única aventura que le ocurrió á la navarra en su viaje desde el molino al pueblo, fué asustarse un poco al reparar que echaba yescas alguien en medio de un sembrado...

—¿Si será un esbirro del corregidor? ¿Si irá á detenerme?—pensó la molinera.

En esto se oyó un rebuzno hácia aquel mismo lado.

—¡Burros en el campo á estas horas!— siguió pensando la seña Frasquita.—Pues lo que es por aquí no hay ninguna huerta ni

cortijo... ¡Vive Dios que los duendes se están despachando esta noche á su gusto!

La burra que montaba la señá Frasquita creyó oportuno rebuznar tambien en aquel instante.

—¡Calla, demonio!—le dijo la navarra, clavándole un alfiler de á ochavo en mitad de *la cruz*.

Y temiendo ella algun encuentro que no le conviniese, sacó la bestia fuera de camino y la hizo trotar por los sembrados.

Pero pronto se tranquilizó al comprender que el hombre que echaba yescas y el asno del primer rebuzno constituian en aquel caso una sola entidad, y que esta entidad habia salido huyendo en direccion contraria á la suya.

—¡A un cobarde otro mayor!—exclamó la molinera, burlándose de su miedo y del ajeno.

Y sin más accidente, llegó á las puertas del lugar á tiempo que serian las once de la noche.

XXIV.

Un rey de entónces.

Hallábase ya durmiendo la mona el señor alcalde, dando la espalda á la espalda de su mujer, y formando así aquella figura de *águila austriaca de dos cabezas* que dice nuestro inmortal Quevedo, cuando Tonuelo llamó á la puerta de la cámara nupcial y avisó al señor Juan Lopez que la señá Frasquita, *la del molino*, queria hablarle.

No tenemos para qué referir todos los gruñidos y juramentos que acompañaron al acto de despertar y vestirse del alcalde de monterilla, y nos trasladamos desde luego

al instante en que la molinera lo vió llegar, desperezándose como un gimnasta que ejercita la musculatura, y exclamando en medio de un bostezo interminable:

—Téngalas V. muy buenas, señá Frasquita. ¿Qué la trae á V. por aquí? ¿No le dijo á V. Toñuelo que se quedase en el molino? ¡Así desobedece V. á la autoridad!

—¡Necesito ver á mi Lúcas!—respondió la navarra.—¡Necesito verlo al instante! ¡Que le digan que está aquí su mujer!

—¡Necesito! ¡necesito! Señora, á V. se le olvida que está hablando con el Rey...

—Déjeme V. á mí de reyes, señor Juan, que no estoy para bromas. ¡Demasiado sabe usted lo que me sucede! ¡Demasiado sabe para qué ha preso á mi marido!

—Yo no sé nada, señá Frasquita... Y en cuanto á su marido de V., no está preso, sino durmiendo tranquilamente en esta su casa, y tratado como yo trato á las personas. ¡A ver, Toñuelo! ¡Toñuelo! Anda al pajar y dile al tío Lúcas que se despierte y venga corriendo... Conque vamos... cuén-

teme V. lo que le pasa... ¿Ha tenido V. miedo de dormir sola?

—¡No sea V. desvergonzado, señor Juan! ¡Demasiado sabe V. que á mí no me gustan sus bromas ni sus véras! Lo que me pasa es una cosa muy sencilla: que V. y el señor corregidor han querido perderme; pero que se han llevado un solemne chasco. Yo estoy aquí, sin tener de qué abochornarme, y el señor corregidor se queda en el molino muriéndose...

—¡Muriéndose el corregidor!—exclamó su subordinado.—Señora, ¿sabe V. lo que se dice?

—Lo que V. oye. Se ha caído en el caz, y casi se ha ahogado, ó ha cogido una pulmonía, ó yo no sé... Eso es cuenta de la corregidora. Yo vengo á buscar á mi marido, sin perjuicio de ir mañana mismo á Granada...

—¡Demonio, demonio! —murmuró el señor Juan Lopez.—A ver, ¡Manuela!... ¡muchacha!... anda y aparéjame la mulilla... Señá Frasquita, al molino voy... ¡Desgra-

ciada de V. si le ha hecho algun daño al señor corregidor!

—Señor alcalde, señor alcalde!—exclamó en esto Toñuelo, entrando más muerto que vivo.—El tío Lúcas no está en el pajar. Su burra no se halla tampoco en los pesebres, y la puerta del corral está abierta... De modo que el pájaro se ha escapado.

—¿Qué estás diciendo?—gritó el señor Juan Lopez.

—¡Virgen del Cármen! ¡Qué va á pasar en mi casa!—exclamó la seña Frasquita.—Corramos, señor alcalde; no perdamos tiempo... Mi marido va á matar al corregidor al encontrarlo allí á estas horas...

—¿Luego V. cree que el tío Lúcas está en el molino...?

—¿Pues no he de creerlo? Digo más... Cuando yo venia me he cruzado con él sin conocerlo. El era sin duda uno que echaba yescas en medio de un sembrado... ¡Dios mio! ¡Cuando piensa una que los animales tienen más entendimiento que las personas! Porque ha de saber V., señor Juan, que

nuestras dos burras se reconocieron y se saludaron, miéntras que mi Lúcas y yo ni nos saludamos ni nos reconocimos...

—¡Bueno está su Lúcas de V!—replicó el alcalde.—En fin, vamos andando, y ya veremos lo que hay que hacer con todos ustedes. ¡Conmigo no se juega! ¡Yo soy el Rey!... Pero no un rey como el que ahora tenemos en Madrid, ó sea en el Pardo, sino como aquel que hubo en Sevilla, á quien llamaban D. Pedro el Cruel. ¡A ver, Manuela! ¡Tráeme el baston, y dile á tu ama que me marchó!

Obedeció la sirvienta (que era por cierto más buena moza de lo que convenia á la alcaldesa y á la moral), y, como la mulilla del señor Juan Lopez estuviese ya aparejada, la señá Frasquita y él salieron para el molino, seguidos del indispensable Toñuelo.

XXV.

La estrella de Garduña.

Precedámosles nosotros, supuesto que tenemos carta blanca para andar más de prisa que nadie.

Garduña se hallaba ya de vuelta en el molino, despues de haber buscado á la seña Frasquita por todas las calles de la ciudad.

El astuto alguacil habia tocado de camino en el corregimiento, donde lo encontró todo muy sosegado. Las puertas seguian abiertas como en medio del dia, segun costumbre cuando la autoridad está en la calle ejerciendo sus sagradas funciones. Dormitaban

en la meseta de la escalera y en el recibimiento otros alguaciles y ministros, esperando descansadamente á su amo; mas, cuando sintieron llegar á Garduña, desperezáronse dos ó tres de ellos y le preguntaron al que era su decano y jefe inmediato:

—¿Viene ya el señor?

—Ni por asomos. Estaos quietos. Vengo á saber si ha habido novedad en la casa...

—Ninguna.

—¿Y la señora?

—Recogida en sus aposentos.

—¿No ha entrado una mujer por estas puertas hace poco?

—Nadie ha parecido por aquí en toda la noche.

—Pues no dejeis entrar á persona alguna, sea quien sea y diga lo que diga. Al contrario, echadle mano al mismo lucero del alba que venga á preguntar por el señor ó por la señora, y llevadlo á la cárcel.

—¿Parece que esta noche se anda á caza de pájaros de cuenta?—preguntó uno de los esbirros.

—¡Caza mayor!—añadió otro.

—¡Mayúscula!—respondió Garduña solemnemente. — ¡Figuraos si la cosa será delicada, cuando el señor corregidor y yo hacemos la batida por nosotros mismos!— Conque... hasta luego, buenas piezas, y mucho ojo.

—Vaya V. con Dios, señor Bastian— repusieron todos, saludando á Garduña.

—¡Mi estrella se eclipsa!—murmuró éste al salir del corregimiento.—¡Hasta las mujeres me engañan! La molinera se encaminó al lugar en busca de su esposo, en vez de venirse á la ciudad. ¡Pobre Garduña! ¿Qué se ha hecho de tu olfato?

Y discurriendo de este modo, emprendió la vuelta al molino.

Razon tenia el alguacil para echar de ménos su antiguo olfato, puesto que no venteó á un hombre que se escondia en aquel momento detrás de unos mimbres á poca distancia de la ciudad, exclamando para su capote, ó más bien para su capa de grana:

—¡Guarda, Pablo! Por allí viene Gar-

duña... Es menester que no me vea...

Era el tío Lúcas, vestido de corregidor, que se dirigia á la ciudad, repitiendo de vez en cuando su diabólica frase:

—¡Tambien la corregidora es guapa!

Pasó Garduña sin verlo, y el falso corregidor dejó su escondite y penetró en la poblacion...

Poco despues llegaba el alguacil al molino, segun dejamos indicado.

XXVI.

Reaccion.

El corregidor seguia en la cama, tal y como acababa de verlo el tío Lúcas por el ojo de la llave.

—¡Qué bien sudo, Garduña! ¡Me he salvado de una enfermedad!—exclamó tan luego como penetró el alguacil en la estancia.—¿Y la señá Frasquita? ¿Has dado con ella? ¿Viene contigo? ¿Ha hablado con la señora?

—La molinera, señor, me engañó como á un pobre hombre, y no se fué á la ciudad, sino al pueblecillo... en busca de su esposo... ¡Perdóneme usía la torpeza!...

—¡Mejor! ¡mejor!—dijo el madrileño, con los ojos chispeantes de maldad.—¡Todo se ha salvado entónces! Antes de que amanezca estarán caminando para las cárceles de la Inquisicion de Granada, atados codo con codo, el tio Lúcas y la señá Frasquita, y allí se podrirán sin tener á quien contarle sus aventuras de esta noche.—Tráeme la ropa, Garduña; que ya estará seca. ¡Tráemela, y vísteme! El amante se va á convertir en corregidor!...

Garduña bajó á la cocina por la ropa.

.

XXVII.

¡Favor al Rey!

Entre tanto, la señá Frasquita, el señor Juan Lopez y Toñuelo avanzaban hácia el molino, al cual llegaron pocos minutos despues.

—¡Yo entraré delante!—exclamó el alcalde de monterilla.—¡Para algo soy la autoridad! Sígueme, Toñuelo, y V., señá Frasquita, espérese á la puerta hasta que yo la llame.

Penetró, pues, el señor Juan Lopez bajo la parra, donde vió á la luz de la luna un hombre casi jorobado, vestido como solia el

molinero, con chupetin y calzon de paño pardo, faja negra, medias azules, montera murciana de felpa y el capote de monte al hombro.

—¡Él es!—gritó el alcalde.—¡Favor al Rey! ¡Entréguese V., tío Lúcas!

El hombre intentó meterse en el molino.

—¡Dáte!—gritó á su vez Toñuelo, saltando sobre él, cogiéndolo por el pescuezo, aplicándole una rodilla al espinazo y haciéndole rodar por tierra...

Al mismo tiempo otra especie de fiera saltó sobre Toñuelo, y, agarrándolo de la cintura, lo tiró sobre el empedrado y principió á darle de bofetones.

Era la seña Frasquita, que exclamaba:

—¡Tunante! ¡Deja á mi Lúcas!

Pero en esto otra persona, que habia aparecido llevando del diestro una borrica, metióse resueltamente entre los dos, y trató de salvar á Toñuelo...

Era Garduña, que tomando al alguacil del lugar por D. Eugenio de Zúñiga, le decía á la molinera:

—Señora, respete V. á mi amo.

Y la derribó de espaldas sobre el lugarreño.

La seña Frasquita, viéndose entre dos fuegos, descargóle entónces á Garduña tal revés en medio del estómago, que le hizo caer de boca tan largo como era.

Y, con él, ya eran cuatro las personas que rodaban por el suelo.

El señor Juan Lopez impedia entre tanto levantarse al supuesto tío Lúcas, teniéndole plantado un pié sobre los riñones.

—¡Garduña! ¡Socorro! ¡favor al Rey! ¡Yo soy el corregidor!—gritó al fin este último, sintiendo que la pezuña del alcalde, calzada con albarca de piel de toro, lo reventaba materialmente.

—¡El corregidor! ¡Pues es verdad!—dijo el señor Juan Lopez, lleno de asombro...

—¡El corregidor!—repitieron todos.

Y pronto estaban de pié los cuatro derribados.

—¡Todo el mundo á la cárcel!—exclamó D. Eugenio de Zúñiga.—¡Todo el mundo á la horca!

—Pero, señor...—observó el señor Juan Lopez, poniéndose de rodillas.—¡Perdone usía que lo haya maltratado! ¿Cómo habia de conocer á usía con esa ropa?

—¡Bárbaro! —replicó el corregidor:— ¡alguna habia de ponerme! ¿No sabes que me han robado la mia? ¿No sabes que una compañía de ladrones, mandada por el tio Lúcas...

—¡Miente V.!—gritó la navarra.

—Escúcheme V., señá Frasquita,—le dijo Garduña, llamándola aparte.—Con permiso del señor corregidor y la compañía.—Si V. no arregla esto, nos van á ahorcar á todos, empezando por el tio Lúcas...

—Pues ¿qué ocurre?—preguntó la señá Frasquita.

—Que el tio Lúcas anda á estas horas por la ciudad vestido de corregidor... y que Dios sabe si habrá llegado con su disfraz hasta el propio dormitorio de la corregidora!

Y el alguacil le refirió en cuatro palabras todo lo que ya sabemos.

—¡Jesus!—exclamó la molinera.—¡Con-

que mi marido me cree deshonrada! Conque ha ido á la ciudad á vengarse! ¡Vamos, vamos á la ciudad, y justificadme á los ojos de mi Lúcas!

—Vamos á la ciudad, é impidamos que hable ese hombre con mi mujer y le cuente todas las majaderías que se haya figurado,—dijo el corregidor, arrimándose á una de las burras.—Déme V. un pié para montar, señor alcalde.

—Vamos á la ciudad, sí,—añadió Garduña;—y quiera el cielo, señor corregidor, que el tío Lúcas se haya contentado con hablarle á la señora!

—¿Qué dices, desgraciado?—prorumpió D. Eugenio de Zúñiga.—¿Crees tú que será capaz?...

—De todo!—contestó la seña Frasquita.

XXVIII.

¡Ave María purísima! ¡Las doce y media,
y sereno!

Así gritaba por las calles de la ciudad quien tenía facultades para tanto, cuando la molinera y el corregidor, cada cual en una de las burras del molino, el Sr. Juan Lopez en su mula, y los dos alguaciles andando, llegaron á la puerta del correjimiento...

La puerta estaba cerrada.

Dijérase que para el Gobierno, lo mismo que para los gobernados, había concluido todo por aquel día.

—¡Malo!—pensó Garduña.

Y llamó con el aldabon dos ó tres veces.

Pasó mucho tiempo, y ni abrieron, ni contestaron.

La señá Frasquita estaba más amarilla que la cera.

El corregidor se habia comido ya todas las uñas de ambas manos.

Nadie decia una palabra.

¡Pum!... ¡Pum!... ¡Pum!... golpes y más golpes á la puerta del corregimiento (aplicados sucesivamente por los dos alguaciles y por el Sr. Juan Lopez)... ¡Y, nada! ¡No respondia nadie! ¡No abrian!... ¡No se movia una mosca!

Sólo se oia el claro rumor de los caños de una fuente que habia en el patio de la casa.

Y de esta manera trascurrian minutos, largos como eternidades.

Al fin, cerca de la una, abrióse un ventanillo del piso segundo, y dijo una voz femenina:

—¿Quién?

—Es la voz del ama de leche...—murmuró Garduña.

—¡Yo!—respondió D. Eugenio de Zúñiga.—¡Abrid!

Pasó un instante de silencio.

—¿Y quién es V.?—replicó luego la nodriza.

—¡Pues no me está V. oyendo! Soy el amo... el corregidor...

Hubo otra pausa.

—¡Vaya V. mucho con Dios!—repuso la buena mujer.—Mi amo vino hace una hora, y se acostó en seguida. Acuéstense ustedes también, y duerman el vino que tendrán en el cuerpo.

Y la ventana se cerró de golpe.

La señá Frasquita se cubrió el rostro con las manos.

—¡Ama!—tronó el corregidor, fuera de sí.—¿No oye V. que le digo que abra la puerta? ¿No oye V. que soy yo? ¿Quiere usted que la ahorque también?

La ventana volvió á abrirse.

—Pero vamos á ver... ¿Quién es V. para dar esos gritos?

—¡Soy el corregidor!

— ¡Dale, bola! ¿No le digo á V. que el señor corregidor vino ántes de las doce... y que yo lo ví con mis propios ojos encerrarse en las habitaciones de la señora? ¿Se quiere V. divertir conmigo? ¡Pues espere usted y verá lo que le pasa!

Al mismo tiempo se abrió repentinamente la puerta, y una nube de criados y ministriles, provistos de sendos garrotes, se lanzó sobre los de afuera, exclamando furiosamente:

— ¡A ver! ¿Dónde está ese que dice que es el corregidor? ¿Dónde está ese chusco? ¿Dónde está ese borracho?

Y se armó un lío de todos los demonios, en medio de la oscuridad, sin que nadie pudiera entenderse, y no dejando de recibir algunos palos el corregidor, Garduña, el Sr. Juan Lopez y Toñuelo.

Era la segunda paliza que le costaba á D. Eugenio su aventura de aquella noche, además del remojon en la acequia del molino.

La señá Frasquita, apartada de aquel laberinto, lloraba por la primera vez en su vida...

—¡Lúcas! ¡Lúcas!—decía.—¡Y has podido dudar de mí! ¡Y has podido estrechar entre tus brazos á otra! ¡Ah! ¡nuestra desventura no tiene ya remedio!

XXIX.

Post nubila... Diana.

—¿Qué escándalo es este?—dijo al fin una voz tranquila, majestuosa y de gracioso timbre, resonando encima de aquella barraunda.

Todos levantaron la cabeza y vieron una mujer, vestida de negro, asomada al balcon principal del edificio.

—¡La señora!—dijeron los criados, suspendiendo la retreta de palos.

—¡Mi mujer!—tartamudeó D. Eugenio.

—Que pasen esos señores. El señor corregidor dice que lo permite—agregó la corregidora.

Los criados cedieron paso, y el de Zúñiga y sus acompañantes penetraron en el portal y tomaron por la escalera arriba.

Ningun reo ha subido al patíbulo con paso tan inseguro y semblante tan demudado como el corregidor subia las escaleras de su casa... Sin embargo, la idea de su deshonra principiaba ya á descollar, con noble egoismo, por encima de todos los infortunios que habia causado y que lo afligian, y sobre las demas ridiculeces de la situacion en que se hallaba.

—¡Antes que todo—iba pensando,—soy un Zúñiga y un Ponce de Leon!... ¡Ay de aquellos que lo hayan echado en olvido!

XXX.

Una señora de clase.

La corregidora recibió á su esposo y á su rústica comitiva en el salon principal del corregimiento.

Estaba sola, de pié, y con los ojos clavados en la puerta.

Érase una principalísima dama, bastante jóven todavía, de plácida y severa hermosura, más propia del pincel cristiano que del cincel gentilico, y estaba vestida con toda la nobleza y la seriedad que consentia el gusto de la época. Su traje, de corta y estrecha falda y mangas huecas y subidas, era

de alepin negro: una pañoleta de blonda blanca, algo amarillenta, velaba sus redondeados hombros; y larguísimos maniquetes ó mitones de tul negro cubrían la mayor parte de sus alabastrinos brazos. Abanicábase majestuosamente con un pericon enorme, traído de las islas Filipinas, y tenía en la otra mano un pañuelo de encaje, cuyos cuatro picos colgaban simétricamente con una regularidad sólo comparable á la de su actitud y menores movimientos.

Aquella hermosa mujer tenía algo de reina y mucho de abadesa, é infundía por ende veneración y miedo á cuantos la miraban. Por lo demás, el atildamiento de su traje á semejante hora, la gravedad de su continente y las muchas luces que alumbraban el salón, demostraban que la corregidora se había esmerado en dar á aquella escena una solemnidad teatral y un tinte ceremonioso que contrastasen con el carácter villano y grosero de la aventura de su marido.

Advertiremos, finalmente, que aquella

señora se llamaba doña Mercedes Carrillo de Albornoz y Espinosa de los Monteros, y que era hija, nieta, biznieta, tataranieta y hasta vigésimanieta de la ciudad, como descendiente de sus ilustres conquistadores. Su familia, por razones de vanidad mundana, la había inducido á casarse con el viejo y acaudalado corregidor, y ella, que de otro modo hubiera sido monja, pues su vocacion natural la iba llevando al cláustro, consintió en aquel doloroso sacrificio.

A la sazón tenía ya dos vástagos del arriscado madrileño, y aún se susurraba que había otra vez moros en la costa...

Conque volvamos á nuestro cuento.

XXXI.

La pena del Talion.

—¡Mercedes!—exclamó el corregidor al comparecer delante de su esposa—Necesito saber inmediatamente...

—¡Hola, tío Lucas! ¿V. por aquí?—dijo la corregidora, interrumpiéndole.—¿Ocurre alguna desgracia en el molino?

—¡Señora! ¡no estoy para chanzas!—repuso el corregidor hecho una fiera.—Antes de entrar en explicaciones por mi parte, necesito saber qué ha sido de mi honor...

—¡Esa no es cuenta mia! ¿Acaso me lo ha dejado V. á mí en depósito?

—Sí, señora... ¡A V.!—replicó D. Eu-

genio.—¡Las mujeres son las depositarias del honor de sus maridos!

—Pues entónces, pregúntele V. á su mujer por el suyo. Precisamente nos está escuchando.

La señá Frasquita, que se habia quedado á la puerta del salon, lanzó una especie de rugido.

—Pase V., señora, y siéntese...—añadió la corregidora, dirigiéndose á la molinera con una dignidad soberana.

Y por su parte, encaminóse al sofá.

La generosa navarra supo comprender desde luego toda la grandeza de la actitud de aquella esposa injuriada... é injuriada acaso doblemente... Así es que, alzándose en el acto á igual altura, dominó sus naturales ímpetus; y guardó un silencio decoroso.—Esto sin contar con que la señá Frasquita, segura de su inocencia y de su fuerza, no tenia prisa de defenderse... ¡Teníala, sí, de acusar, y mucha!... pero no ciertamente á la corregidora.—Con quien ella deseaba ajustar cuentas era con el tio

Lúcas..., y el tío Lúcas no estaba allí.

—Señá Frasquita—repitió la noble dama, al ver que la molinera no se habia movido de su sitio:—le he dicho á V. que puede pasar y sentarse.

Esta segunda indicacion fué hecha con voz más afectuosa y sentida que la primera... —Dijérase que la corregidora habia adivinado tambien por instinto, al fijarse en el reposado continente y en la varonil hermosura de aquella mujer, que no iba á háberselas con un sér bajo y despreciable, sino quizás más bien con otra infortunada como ella;—¡infortunada, sí, por el solo hecho de haber conocido al corregidor!

Cruzaron, pues, sendas miradas de paz y de indulgencia aquellas dos mujeres que se consideraban dos veces rivales, y notaron con gran sorpresa que sus almas se aplacieron la una en la otra, como dos hermanas que se reconocen.

No de otro modo se divisan y se saludan á lo léjos las castas nieves de las encumbreadas montañas.

Saboreando estas dulces emociones, la molinera entró majestuosamente en el salon, y se sentó en el filo de una silla.

A su paso por el molino, calculando que en la ciudad tendria que hacer visitas de importancia, se habia arreglado un poco y puéstose una mantilla de franela negra, con grandes felpones, que le sentaba divinamente. — Parecia toda una señora.

Por lo que toca al corregidor, habia guardado silencio durante aquel episodio. El rugido de la señá Frasquita y su aparicion en la escena, no habian podido ménos de sobresaltarlo. Aquella mujer le causaba ya más terror que la suya propia.

—Conque vamos, tio Lúcas—prosiguió Doña Mercedes, dirigiéndose á su marido.— Ahí tiene V. á la señá Frasquita... ¡Puede V. volver á formular su demanda!

—Mercedes, ¡por los clavos de Cristo!—gritó el corregidor.—¡Mira que tú no sabes de lo que soy capaz! ¡Nuevamente te conjuro á que dejes la broma y me digas todo lo

que ha pasado aquí durante mi ausencia!
 ¿Dónde está ese hombre?

—¿Quién? ¿Mi marido? Mi marido se está levantando, y ya no puede tardar en venir.

—¡Levantándose!—bramó D. Eugenio.

—¿Se asombra V.? Pues ¿dónde quería V. que estuviese á estas horas un hombre de bien, sino en su casa, en su cama, y durmiendo con su legítima consorte, como manda Dios?

—¡Merceditas! ¡Ve lo que te dices! ¡Repara en que nos están oyendo! ¡Repara en que yo soy el corregidor!...

—¡A mí no me dé V. voces, tío Lucas, ó mandaré á los alguaciles que lo lleven á V. á la cárcel!—replicó la corregidora, poniéndose de pié.

—¡Yo á la cárcel! ¡Yo! ¡El corregidor de la ciudad!

—El corregidor de la ciudad, el representante de la justicia, el apoderado del Rey —repuso la gran señora con una severidad y una energía que ahogaron la voz del fin-

gido molinero,—llegó á su casa á la hora debida, á descansar de las nobles tareas de su oficio, para seguir mañana amparando la honra y la vida de los ciudadanos, la santidad del hogar y el recato de las mujeres, impidiendo de este modo que nadie pueda entrar disfrazado de corregidor ni de ninguna otra cosa en la alcoba de la mujer ajena; que nadie pueda sorprender á la virtud en su descuidado reposo; que nadie pueda abusar de su casto sueño...

—¡Merceditas! ¿Qué es lo que profieres? —silbó el corregidor con labios y encías. ¡Si es verdad que ha pasado eso en mi casa, diré que eres una pícara, una pérfida, una licenciosa!

—¿Con quién habla este hombre?—prorrumpió la corregidora desdeñosamente, y pasando la vista por todos los circunstantes.—¿Quién es este loco? ¿Quién es este ébrio? ¡Ni siquiera puedo ya creer que sea un honrado molinero como el tío Lúcas, á pesar de que viste su traje de villano!—Señor Juan Lopez, créame V.—continuó, en-

carándose con el alcalde de monterilla, que estaba aterrado.—Mi marido, el corregidor de la ciudad, llegó á esta su casa hace dos horas, con su sombrero de tres picos, su capa de grana, su espadin de caballero y su baston de autoridad... Los criados y alguaciles que me escuchan se levantaron y lo saludaron al verlo pasar por el portal, por la escalera y por el recibimiento. Cerráronse en seguida todas las puertas, y desde entónces no ha penetrado nadie en mi hogar hasta que llegaron VV.—¡Es esto cierto?— Responded vosotros...

—¡Es verdad! ¡Es muy verdad!—contestaron la nodriza, los domésticos y los ministriles; todos los cuales, agrupados á la puerta del salon, presenciaban aquella singular escena.

—¡Fuera de aquí todo el mundo!—gritó D. Eugenio, echando espumarajos de rabia.—¡Garduña! ¡Garduña! ¡Ven y prende á estos viles que me están faltando al respeto! ¡Todos á la cárcel! ¡Todos á la horca!

Garduña no parecia por ningun lado.

—Además, señor—continuó Doña Mercedes, cambiando de tono y dignándose ya mirar á su marido y tratarle como á tal, temerosa de que las chanzas llegaran á irremediables extremos.—Supongamos que V. sea mi esposo... Supongamos que V. sea don Eugenio de Zúñiga y Ponce de León...

—¡Lo soy!

—Supongamos, además, que me cupiese alguna culpa en haber tomado por V. al hombre que penetró en mi alcoba vestido de corregidor...

—¡Infames!—gritó el viejo, echando mano á la espada, y encontrándose sólo con el sitio, y con la faja de molinero murciano.

La navarra se tapó el rostro con un lado de la mantilla para ocultar las llamaradas de sus celos.

—Supongamos todo lo que V. quiera,—continuó doña Mercedes con una impasibilidad inexplicable.—Pero dígame V. ahora, señor mio: ¿Tendria V. derecho á quejarse? ¿Podria V. acusarme como fiscal? ¿Podria V. sentenciarme como juez? ¿Viene V. acaso

del sermón? ¿Viene V. de confesar? ¿Viene V. de oír misa? ¿O de dónde viene V. con ese traje? ¿De dónde viene V. con esa señora? ¿Dónde ha pasado V. la mitad de la noche?

—Con permiso,—exclamó la seña Frasquita, poniéndose de pié, como empujada por un resorte, y atravesándose arrogante-mente entre la corregidora y su marido.

Este, que iba á hablar, se quedó con la boca abierta al ver que la navarra entraba en fuego.

Pero doña Mercedes se anticipó, y dijo:

—Señora, no se fatigue V. en darme á mí explicaciones... Yo no se las pido á usted, ni mucho ménos... Allí viene quien puede pedírselas á justo título. ¡Entiéndase V. con él!

Al mismo tiempo se abrió la puerta de un gabinete, y apareció en ella el tío Lucas, vestido de corregidor de piés á cabeza, y con bastón, guantes y espadin, como si se presentase en las salas de Cabildo.

XXXII.

La fe mueve las montañas.

—Tengan VV. muy buenas noches,— pronunció el recién llegado, quitándose el sombrero de tres picos, y hablando con la boca sumida, como D. Eugenio de Zúñiga.

En seguida se adelantó por el salon, balanceándose en todos sentidos, y fué á besar la mano de la corregidora.

Todos se quedaron estupefactos. El parecido del tío Lúcas con el verdadero corregidor era maravilloso.

Así es que la servidumbre, y hasta el mismo Sr. Juan Lopez, no pudieron contener una carcajada.

D. Eugenio sintió aquel nuevo agravio, y se lanzó sobre el tío Lúcas como un basilisco.

Pero la seña Frasquita metió el montante, apartando al corregidor con el brazo de marras, y su señoría, en evitacion de otra voltereta y del consiguiente escarnio, se dejó atropellar sin decir oxe ni moxte.— Estaba visto que aquella mujer habia nacido para domadora del pobre viejo.

El tío Lúcas se puso más pálido que la muerte al ver que su mujer se le acercaba; pero luego se dominó, y, con una risa tan horrible que tuvo que llevarse la mano al corazón para que no se le hiciese pedazos, dijo, remedando siempre al corregidor:

—¡Dios te guarde, Frasquita! ¿Le has enviado ya á tu sobrino el nombramiento?

¡Hubo que ver entónces á la navarra! Tiróse la mantilla atrás, levantó la frente con una soberbia de leona, y, clavando en el falso corregidor dos ojos como dos puñales,

—¡Te desprecio, Lúcas!—le dijo en mitad de la cara.

Todos creyeron que le habia escupido: tal gesto, tal ademan y tal tono de voz acentuaron aquella frase.

El rostro del molinero se transfiguró al oír la voz de su mujer. Una especie de inspiracion, semejante á la de la fe religiosa, habia penetrado en su alma, inundándola de luz y de alegría... Así es que, olvidándose por el momento de cuanto habia visto y creído ver en el molino, exclamó con las lágrimas en los ojos y la sinceridad en los labios:

—¿Conque tú eres mi Frasquita!

—¡No!—respondió la navarra fuera de sí.—¡Yo no soy ya tu Frasquita! Yo soy... ¡Pregúntaselo á tus hazañas de esta noche, y ellas te dirán lo que has hecho de este corazon que tanto te queria!...

Y se echó á llorar, como una montaña de hielo que se hunde y principia á derretirse.

La corregidora se adelantó hácia ella sin poder contenerse, y la estrechó en sus brazos con el mayor cariño.

La seña Frasquita se puso entónces á be-

sarla, sin saber tampoco lo que se hacia, diciéndole entre sus sollozos, como una niña que busca amparo en su madre:

— ¡Señora, señora! ¡Qué desgraciada soy!

— ¡No tanto como V. se figura!—contestábale la corregidora, llorando tambien generosamente.

— ¡Yo sí que soy desgraciado!—gemia al mismo tiempo el tio Lucas, andando á puñetazos con sus lágrimas, como avergonzado de verterlas.

—Pues ¿y yo?—prorumpió al fin Don Eugenio, sintiéndose ablandado por el contagioso lloro de los demas, ó esperando salvarse tambien por la via húmeda; quiero decir, por la via del llanto.— ¡Ah, yo soy un pícaro! ¡Un monstruo! ¡Un calavera deshecho, que ha llevado su merecido!

Y rompió á berrear tristemente, abrazado á la barriga del Sr. Juan Lopez.

Y éste y los criados lloraban de igual manera, y todo parecia concluido, y sin embargo, nadie se habia explicado.

XXXIII.

Pues ¿y tú?

El tío Lucas fué el primero que salió á flote en aquel mar de lágrimas.

Era que empezaba á acordarse otra vez de lo que había visto por el ojo de la llave.

—Señores, vamos á cuentas!...—dijo de pronto.

—No hay cuentas que valgan, tío Lucas,—exclamó la corregidora.—¡Su mujer de V. es una bendita!

—Bien... sí... pero...

—¡Nada de pero!... Déjela V. hablar, y verá cómo se justifica. Desde que la ví, me

dió el corazón que era una santa, á pesar de todo lo que V. me habia contado...

—¡Bueno, que hable!...—dijo el tío Lúcas.

—¡Yo no hablo!—contestó la molinera.—El que tiene que hablar eres tú... Porque la verdad es que tú...

Y la señá Frasquita no dijo más, en virtud del invencible respeto que le inspiraba la corregidora.

—Pues ¿y tú?—respondió el tío Lúcas, perdiendo de nuevo toda fe.

—Ahora no se trata de ella,—gritó el corregidor, tornando también á sus celos.— ¡Se trata de V.!... Se trata de esta señora... ¡Ah! Merceditas... ¿Quién habia de decirme que tú...

—Pues ¿tú?—repuso la corregidora, midiéndolo con la vista.

Y durante algunos momentos los dos matrimonios repitieron cien veces las mismas frases:

—¿Y tú?

—¿Pues y tú?

—¡Vaya, que tú!

—¡No que tú!

—Pero ¿cómo has podido tú...

Etc., etc., etc.

La cosa hubiera sido interminable si la corregidora, revistiéndose de dignidad, no dijese por último á D. Eugenio:

—¡Mira, cállate tú ahora! Nuestra cuestion particular la ventilaremos más adelante. Lo que urge en este momento es devolver la paz al corazon del tio Lúcas; cosa muy fácil á mi juicio; pues allí distingo al Sr. Juan Lopez y á Toñuelo, que están saltando por justificar á la señá Frasuíta...

—¡Yo no necesito que me justifiquen los hombres!—respondió ésta.—Tengo dos testigos de mayor crédito, á quienes no se dirá que he seducido ni sobornado...

—Y ¿dónde están?—preguntó el molinero.

—Están abajo, en la puerta...

—Pues diles que suban, con permiso de esta señora.

—Las pobres no podrian subir...

—¡Ah! ¡Son dos mujeres!... ¡Vaya un testimonio fidedigno!

—Tampoco son dos mujeres. Sólo son dos hembras...

—¡Peor que peor! ¡Serán dos niñas!... Hazme el favor de decirme sus nombres.

—La una se llama *Piñona* y la otra *Liviana*...

—¡Nuestras dos burras!—Frasquita: ¿te estás riyendo de mí?

—No: que estoy hablando muy formal. Yo puedo probarte con el testimonio de nuestras burras que no me encontraba en el molino cuando tú viste en él al señor corregidor...

—¡Por Dios te pido que te expliques!...

—Oye, Lúcas... y muérete de vergüenza por haber dudado de mi honradez. Mientras tú ibas esta noche desde el lugar á nuestra casa, yo me dirigia desde nuestra casa al lugar, y por consiguiente, nos cruzamos en el camino. Pero tú marchabas fuera de él, ó por mejor decir, te habias detenido á echar unas yescas en medio de un sembrado...

—Es verdad que me detuve... Continúa.

—En esto rebuznó tu borrica...

—¡Justamente! ¡Ah, qué feliz soy! ¡Habla, habla, que cada palabra tuya me devuelve un año de vida!

—Y á aquel rebuzno le contestó otro en el camino...

—¡Oh! sí... sí... ¡Bendita seas! ¡Me parece estarlo oyendo!

—Eran Liviana y Piñona, que se habian reconocido y se saludaban como buenas amigas, miéntras que nosotros dos ni nos saludamos ni nos reconocimos...

—¡No me digas más!... ¡No me digas más!...

—Tan no nos reconocimos—continuó la señá Frasquita,—que los dos nos asustamos y salimos huyendo en direcciones contrarias... ¡Conque ya ves que yo no estaba en el molino! Si quieres saber ahora por qué encontraste al señor corregidor en nuestra cama, tienta esas ropas que llevas puestas, y que todavía estarán húmedas, y te lo dirán mejor que yo. ¡Su señoría se

cayó en el caz del molino, y Garduña lo desnudó y lo acostó allí! Si quieres saber por qué abrí la puerta... fué porque creí que eras tú el que se ahogaba y me llamaba á gritos... Y, en fin, si quieres saber lo del nombramiento... Pero no tengo más que decir por la presente. Cuando estemos solos te enteraré de ese y otros particulares... que no debo referir delante de esta señora.

—¡Todo lo que ha dicho la señá Frasquita es verdad!—gritó el Sr. Juan Lopez, deseando congraciarse con Doña Mercedes, visto que ella imperaba en el corregimiento.

—¡Todo! ¡Todo!—añadió Toñuelo, siguiendo la corriente de su amo.

—¡Hasta ahora... todo!—agregó el corregidor, muy complacido de que las explicaciones de la navarra no hubieran ido más léjos...

—¡Conque eres inocente!—exclamaba en tanto el tio Lúcas, rindiéndose á la evidencia.—¡Frasquita mia! ¡Frasquita de mi alma! ¡Perdóname la injusticia, y deja que te dé un abrazo!...

—Esa es harina de otro costal...—contestó la molinera, hurtando el cuerpo.—Antes de abrazarte, necesito oír tus explicaciones...

—Yo las daré por él y por mí,—dijo Doña Mercedes.

—¡Hace una hora que las estoy esperando!—profirió el corregidor, tratando de erguirse.

—Pero no las daré—continuó la corregidora, mirando desdeñosamente á su marido—hasta que estos señores hayan descambiado vestimentas... y áun entónces, se las daré tan sólo á quien merezca oirlas.

—Vamos... Vamos á descambiar...—dijole el murciano á D. Eugenio, alegrándose mucho de no haberlo asesinado, pero mirándolo todavía con un odio verdaderamente morisco.—¡El traje de Vuestra Señoría me ahoga! ¡He sido muy desgraciado miéntras lo he tenido puesto!...

—¡Porque no lo entiendes!—respondióle el corregidor.—¡Yo estoy, en cambio, deseando ponérmelo, para ahorcarte á tí y á

medio mundo, si no me satisfacen las exculpaciones de mi mujer!

La corregidora, que oyó estas palabras, tranquilizó á la reunion con una suave sonrisa, propia de aquellos afanados ángeles cuyo ministerio es guardar á los hombres.

XXXIV.

Tambien la corregidora es guapa.

Salido que hubieron de la sala el corregidor y el tío Lucas, sentóse de nuevo la corregidora en el sofá; colocó á su lado á la seña Frasquita, y, dirigiéndose á los domésticos y ministriles que obstruían la puerta, les dijo con afable sencillez:

—¡Vaya! muchachos, contad ahora vosotros todo lo malo que sepais de mí.

Avanzó el cuarto estado, y diez voces quisieron hablar á un mismo tiempo; pero el ama de leche, como la persona que más alas tenía en la casa, impuso silencio á los demás, y dijo de esta manera:

—Ha de saber V., señá Frasquita, que estábamos yo y mi señora esta noche al cuidado de los niños, esperando á ver si venia el amo, y rezando el tercer rosario para hacer tiempo, pues la razon que habia traído Garduña era que andaba el señor corregidor detrás de unos facinerosos muy terribles, y no era cosa de acostarse hasta verlo entrar sin novedad, cuando sentimos ruido de gente en la alcoba inmediata, que es donde mis señores tienen su cama de matrimonio. Cogimos la luz, muertas de miedo, y fuimos á ver quién andaba en la alcoba, cuando ¡ay Virgen del Cármen! al entrar, vimos que un hombre, vestido como mi señor, pero que no era él (¡como que era su marido de V!), trataba de esconderse debajo de la cama.—«¡Ladrones!» principiamos á gritar desaforadamente, y un momento despues la habitacion estaba llena de gente, y los alguaciles sacaban arrastrando de su escondite al fingido corregidor.—Mi señora, que, como todos, habia reconocido al tio Lúcas, y que lo vió con

aquel traje, temió que hubiese matado al amo, y empezó á dar unos lamentos que partian las piedras...—«¡A la cárcel! ¡A la cárcel!» deciamos entre tanto los demas. —«¡Ladron! ¡Asesino!» era la mejor palabra que oia el tío Lúcas, y así es que estaba como un difunto, arrimado á una pared y sin decir esta boca es mia.—Pero viendo luego que se lo llevaban ya á la cárcel, dijo... lo que voy á repetir, aunque verdaderamente mejor seria para callado: «Señora, »yo no soy un ladron ni un asesino; el ladrón »y el asesino de mi honra está en mi casa, »acostado con mi mujer.»

—¡Pobre Lúcas!—murmuró la seña Frasquita.

—¡Pobre de mí!—suspiró la corregidora.

—Eso dijimos todos... «¡Pobre tío Lúcas y pobre señora!»... porque... vamos .. ya tenemos ciertos antecedentes de que mi señor habia puesto los ojos en V...; y, aunque nadie se figuraba que V...

—¡Ama!—exclamó severamente la cor-

regidora.—¡No siga V. por ese camino!...

—Continuaré yo por el otro—dijo un alguacil, aprovechando aquella coyuntura para apoderarse de la palabra.—El tío Lucas, que nos engañó de lo lindo con su traje y su manera de andar cuando entró en la casa, tanto que todos lo tomamos por el señor corregidor, no había venido con muy buenas intenciones que digamos, y si la señora no hubiera estado levantada... figúrese V. lo que habría sucedido...

—¡Vamos! ¡Cállate tú también!—interrompió la cocinera.—¡No estás diciendo más que tonterías!—Pues, sí, señá Frasquita: el tío Lucas, para explicar su presencia en la alcoba de mi ama, tuvo que confesar las intenciones que traía... ¡Por cierto que la señora no se pudo contener al oírlo, y le arrimó una bofetada en medio de la boca, que le dejó la mitad de las palabras dentro del cuerpo!—Yo misma lo llené de insultos y denuestos, y quise sacarle los ojos... Porque ya conoce V., señá Frasquita, que aunque sea su marido de V.,

eso de venir con sus manos lavadas...

—¡Eres una bachillera!—gritó el portero, poniéndose delante de la oradora.—¿Qué más hubieras querido tú?...—En fin, señá Frasquita, óigame V. á mí, y vamos al asunto.—La señora hizo y dijo lo que debia... pero luego, calmado ya su enojo, compadeciósse del tio Lucas y paró mientes en el mal proceder del señor corregidor, viniendo á pronunciar estas ó parecidas palabras:—
 «Por infame que haya sido su pensamiento
 »de V., tio Lucas, y aunque nunca podré
 »perdonar tanta insolencia, es menester que
 »su mujer de V. y mi esposo crean durante
 »algunas horas que han sido cogidos en sus
 »propias redes y que V., auxiliado por ese
 »disfraz, les ha devuelto afrenta por afren-
 »ta! ¡Ninguna venganza mejor podemos to-
 »mar de ellos que este engaño tan fácil de
 »desvanecer cuando nos acomode!»—Adop-
 tada tan graciosa resolucion, la señora y el
 tio Lucas nos aleccionaron á todos de lo que
 teniamos que hacer y decir cuando volviese
 su señoría, y por cierto que yo le he pegado

á Garduña tal palo en la rabadilla, que creo no se le olvidará en mucho tiempo la noche de San Simon y San Judas...

Cuando el portero dejó de hablar, ya hacia rato que la corregidora y la molinera cuchicheaban al oído, abrazándose y besándose á cada momento, y no pudiendo en ocasiones contener la risa.

¡Lástima que no haya llegado á saberse lo que hablaban!...—Pero el lector se lo figurará sin gran esfuerzo; y si no el lector, la lectora.

XXXV.

Decreto imperial.

Regresaron en esto á la sala el corregidor y el tío Lucas, vestido cada cual con su propia ropa.

—¡Ahora me toca á mí!—entró diciendo el insigne D. Eugenio de Zúñiga.

Y, después de dar en el suelo un par de bastonazos, como para recobrar su energía (á guisa de Anteo oficial, que no se sentía fuerte hasta que su caña de Indias tocaba en la tierra), díjole á la corregidora con un énfasis y una frescura indescriptibles:

—Merceditas: estoy esperando tus explicaciones.

Entre tanto, la molinera se habia levantado y le tiraba al tío Lúcas un pellizco de paz, que le hizo ver estrellas, mirándolo al mismo tiempo con desenojados y hechiceros ojos.

El corregidor, que observara aquella pantomima, quedóse hecho una pieza, sin acertar á explicarse una reconciliacion tan *inmotivada*.

Dirigióse, pues, de nuevo á su mujer, y le dijo hecho un vinagre:

—Señora: ¡Todos se entienden ménos nosotros! Sáqueme V. de dudas. ¡Se lo mando como marido y como corregidor!

Y dió otro bastonazo en el suelo.

—¿Conque se marcha V.?—exclamó doña Mercedes acercándose á la seña Frasquita y sin hacer caso de D. Eugenio.—Pues vaya V. descuidada, que este escándalo no tendrá ningunas consecuencias.—¡Rosa! alumbra á estos señores, que dicen que se marchan...—Vaya V. con Dios, tío Lúcas.

—¡Oh... no!—gritó el de Zúñiga, interponiéndose.—¡Lo que es el tío Lúcas no se

marcha! El tío Lúcas queda arrestado hasta que sepa yo toda la verdad. ¡Hola, alguaciles! ¡Favor al rey!...

Ni un solo ministro obedeció á D. Eugenio. Todos miraban á la corregidora.

—¡A ver, hombre, deja el paso libre!— añadió ésta, pasando casi sobre su marido y despidiendo á todo el mundo con la mayor finura; es decir, con la cabeza ladeada, cogiéndose la falda con la punta de los dedos y agachándose graciosamente, hasta completar la reverencia que á la sazón estaba de moda, y que se llamaba *la pompa*.

—Pero yo... Pero tú... Pero nosotros... pero aquellos...—seguía mascujando el vejete, tirándole á su mujer del vestido y perturbando sus cortesías mejor iniciadas.

¡Inútil afán! Nadie hacia caso de su señoría.

Marchado que se hubieron todos, y solos ya en el salón los desavenidos cónyuges, la corregidora se dignó al fin decirle á su esposo, con el acento de una Czarina de todas las Rusias que fulminase sobre un ministro

caído la órden de perpetuo destierro á la Siberia :

—Mil años que vivas ignorarás lo que ha pasado esta noche en mi alcoba. Si hubieras estado en ella, como era regular, no tendrías necesidad de preguntárselo á nadie. Por lo que á mí toca, no hay ya ni habrá jamás razon ninguna que me obligue á satisfacerte; pues te desprecio de tal modo, que si no fueras el padre de mis hijos, te arrojaba ahora mismo por ese balcon.—Conque buenas noches, caballero.

Pronunciadas estas palabras, que D. Eugenio oyó sin pestañear (pues lo que es á solas no se atrevia con su mujer), la corregidora penetró en el gabinete y del gabinete en la alcoba, cerrando las puertas detrás de sí, y el pobre hombre se quedó plantado en medio de la sala, murmurando entre encías (que no entre dientes) y con un cinismo de que no habrá habido otro ejemplo:

—Pues señor, no esperaba yo escapar tan bien... ¡Garduña me buscará otra!

XXXVI.

Conclusion, moraleja y epílogo.

Piaban los pajarillos saludando el alba, cuando el tío Lucas y la seña Frasquita salían de la ciudad con dirección á su molino.

Los esposos iban á pié, y delante de ellos caminaban apareadas las dos burras.

—El domingo tienes que ir á confesar— le decía la molinera á su marido;—pues necesitas limpiarte de todos los malos juicios y criminales propósitos de esta noche.

—Has pensado muy bien—contestó el molinero.—Pero tú, entre tanto, vas á hacerme otro favor, y es dar á los pobres los

colchones y las ropas de nuestra cama, y ponerla toda de nuevo.—Yo no me acuesto donde ha sudado aquel bicho venenoso!

—¡No me lo nombres, Lúcas!—replicó la señá Frasquita.—Mejor es que hablemos de otra cosa. Tengo que pedirte un segundo favor...

—Habla.

—El verano que viene vas á llevarme á tomar los baños del Solan de Cabras.

—¿Para qué?

—Para ver si tenemos hijos.

—¡Felicísima idea! Te llevaré, si Dios nos da vida.

Y con esto llegaron al molino, á punto que el sol, sin haber salido todavía, doraba ya las cúspides de las montañas.

.

.

A la tarde, con gran sorpresa de los esposos, que no esperaban nuevas visitas de altos personajes despues de un escándalo como el de la precedente noche, concurrió al molino más señorío que nunca. El venerable

prelado, muchos canónigos, el jurisconsulto, dos priores de frailes y otras varias personas (que luego se supo habían sido convocadas allí por Su Señoría Ilustrísima) ocuparon materialmente la plazoletilla del empedrado.

Sólo faltaba el corregidor.

Una vez reunida la tertulia, el señor obispo tomó la palabra, y dijo: que, por lo mismo que habían pasado ciertas cosas en aquella casa, sus canónigos y él seguirían yendo á ella lo mismo que ántes, para que ni los honrados molineros ni las demas personas allí presentes participasen de la censura pública, que sólo merecía aquel que había profanado con su torpe conducta una reunion tan morigerada y tan honesta. Exhortó paternalmente á la señá Frasquita para que en lo sucesivo fuese ménos provocativa y tentadora en sus dichos y ademanes, y procurase llevar más cubiertos los brazos y más alto el escote del jubon. Aconsejó al tío Lúcas el desinterés, la circunspeccion y la verdadera modestia, y concluyó dando

la bendicion á todos, y diciendo que, como aquel dia no ayunaba, se comeria con mucho gusto un par de racimos de uvas.

Lo mismo opinaron todos... respecto de este último particular..., y la parra se quedó temblando aquella tarde.—¡En dos arrobas de uvas apreció el gasto el molinero!

.....

Cerca de tres años continuaron estas sabrosas reuniones, hasta que, contra la prevision de todo el mundo, entraron en España los ejércitos de Napoleon y se armó la guerra de la Independencia.

El señor obispo, el magistral y el penitenciario murieron el año de 8, y el abogado y los demas contertulios en los de 9, 10, 11 y 12, por no poder sufrir la vista de los franceses, polacos y otras alimañas que invadieron aquella tierra y que fumaban en pipa, en el Presbiterio de las iglesias, durante la Misa de la tropa!

El corregidor, que nunca más tornó al molino, fué destituido por el mariscal Sebastiani, y murió en la cárcel alta de Gra-

nada, por no haber querido ni un solo instante (dicho sea en honra suya) transigir con la dominacion extranjera.

Doña Mercedes no se volvió á casar, y educó perfectamente á sus hijos, retirándose á la vejez á un convento, donde acabó sus dias en opinion de santa.

Garduña se hizo afrancesado.

El Sr. Juan Lopez fué guerrillero y mandó una partida, muriendo, lo mismo que su alguacil, en la famosa batalla de Baza, despues de haber matado muchísimos franceses.

Finalmente: el tio Lúcas y la señá Frasquita (aunque no llegaron á tener hijos, á pesar de haber ido al Solan de Cabras y de haber hecho muchos votos y rogativas), siguieron siempre amándose del propio modo, y alcanzaron una edad muy avanzada, viendo desaparecer el absolutismo en 1812 y 1820, y reaparecer en 1814 y 1823, hasta que, por último, se estableció de nuevo el Sistema Constitucional á la muerte del Rey Absoluto, y ellos pasaron á mejor vida

(precisamente al estallar la Guerra civil de los siete años), sin que los sombreros de copa que ya usaba todo el mundo pudiesen hacerles olvidar *aquellos tiempos...* simbolizados por el sombrero de tres picos.

FIN.



INDICE.

	<u>PÁGINAS.</u>
PREFACIO.....	7
I. De cuándo sucedió la cosa.....	17
II. De cómo vivía entonces la gente.....	21
III. Do ut des.....	24
IV. Una mujer vista por fuera.....	29
V. Un hombre visto por fuera y por dentro.....	35
VI. Habilidades de los cónyuges.....	38
VII. El fondo de la felicidad.....	42
VIII. El hombre del sombrero de tres picos.....	45
IX. ¡Arre, burra!.....	51
X. Desde la parra.....	54
XI. El bombardeo de Pamplona.....	59
XII. Diezmos y primicias.....	70
XIII. Le dijo el grajo al cuervo.....	76
XIV. Los consejos de Garduña.....	81
XV. Despedida en prosa.....	90
XVI. Un ave de mal agüero.....	99
XVII. Un alcalde de monterilla.....	102

XVIII.	Donde se verá que el tío Lúcas tenia el sueño muy ligero....	107
XIX.	Voces clamantes in deserto....	109
XX.	La duda y la realidad.....	113
XXI.	¡En guardia, caballero!.....	125
XXII.	Garduña se multiplica.....	134
XXIII.	Otra vez el desierto y las consa- bidas voces.....	139
XXIV.	Un rey de entónces.....	141
XXV.	La estrella de Garduña.....	146
XXVI.	Reaccion.....	150
XXVII.	¡Favor al rey!.....	152
XXVIII.	¡Ave María purísima, las doce y media y sereno!.....	157
XXIX.	Post nubila... Diana.....	162
XXX.	Una señora de clase.....	164
XXXI.	La pena del Talion.....	167
XXXII.	La fe mueve las montañas.....	176
XXXIII.	Pues... ¿y tú?.....	180
XXXIV.	Tambien la corregidora es guapa.	188
XXXV.	Decreto imperial.....	194
XXXVI.	Conclusion, moraleja y epilogo.	198

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

COSAS QUE FUERON.—Un tomo en 8.º de más de 400 páginas, 16 rs.; en provincias 18.

POESÍAS SERIAS Y HUMORÍSTICAS. — Un tomo en 8.º, con el retrato del autor y un prólogo de D. Juan Valera, de la Academia Española; 20 rs.

EL AMIGO DE LA MUERTE. (Novelas.)—Un tomo en 8.º, 10 rs; en provincias 12.

AMORES Y AMORIOS.—Un tomo en 8.º de lujo (en prensa.)

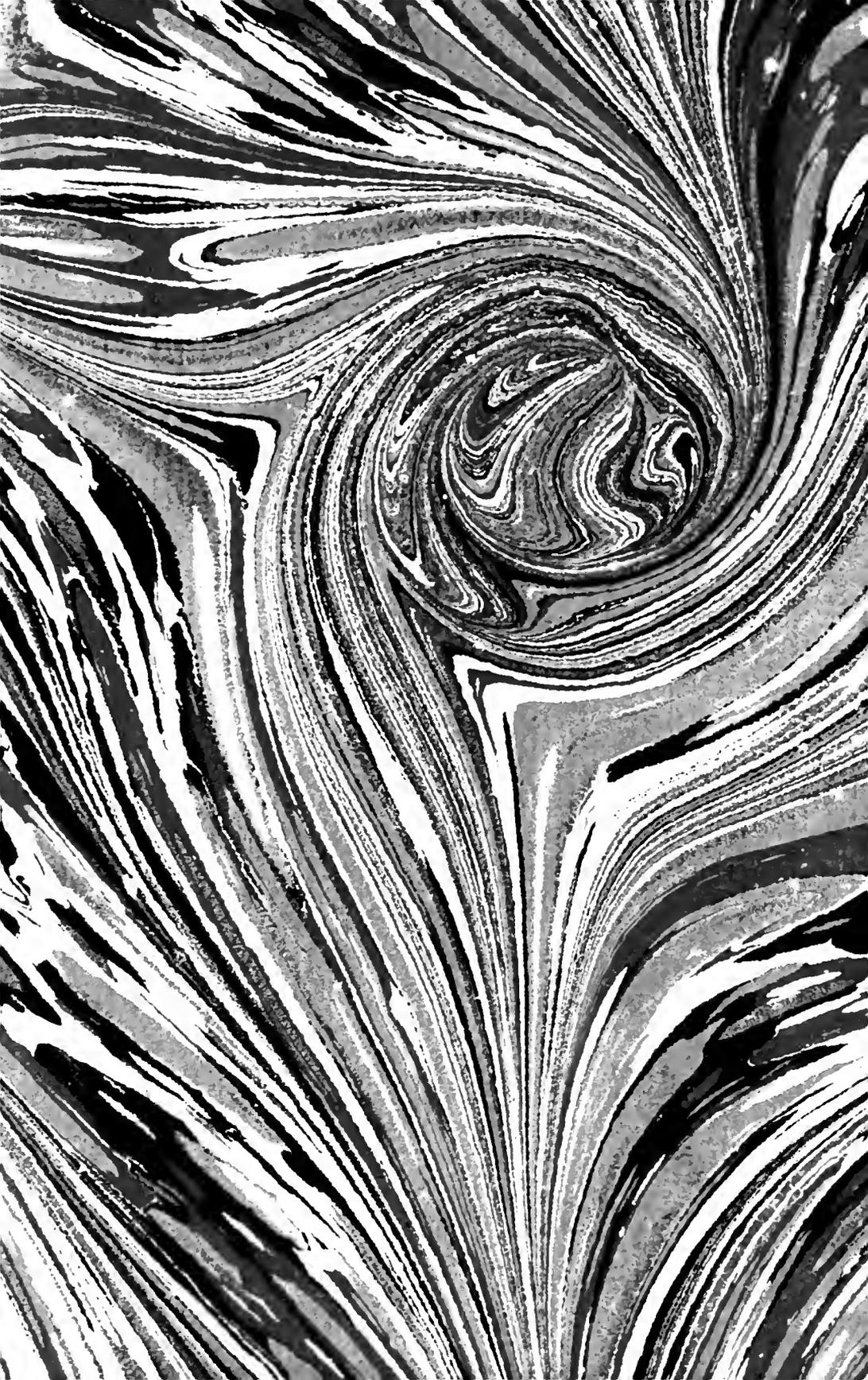












UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 078706600